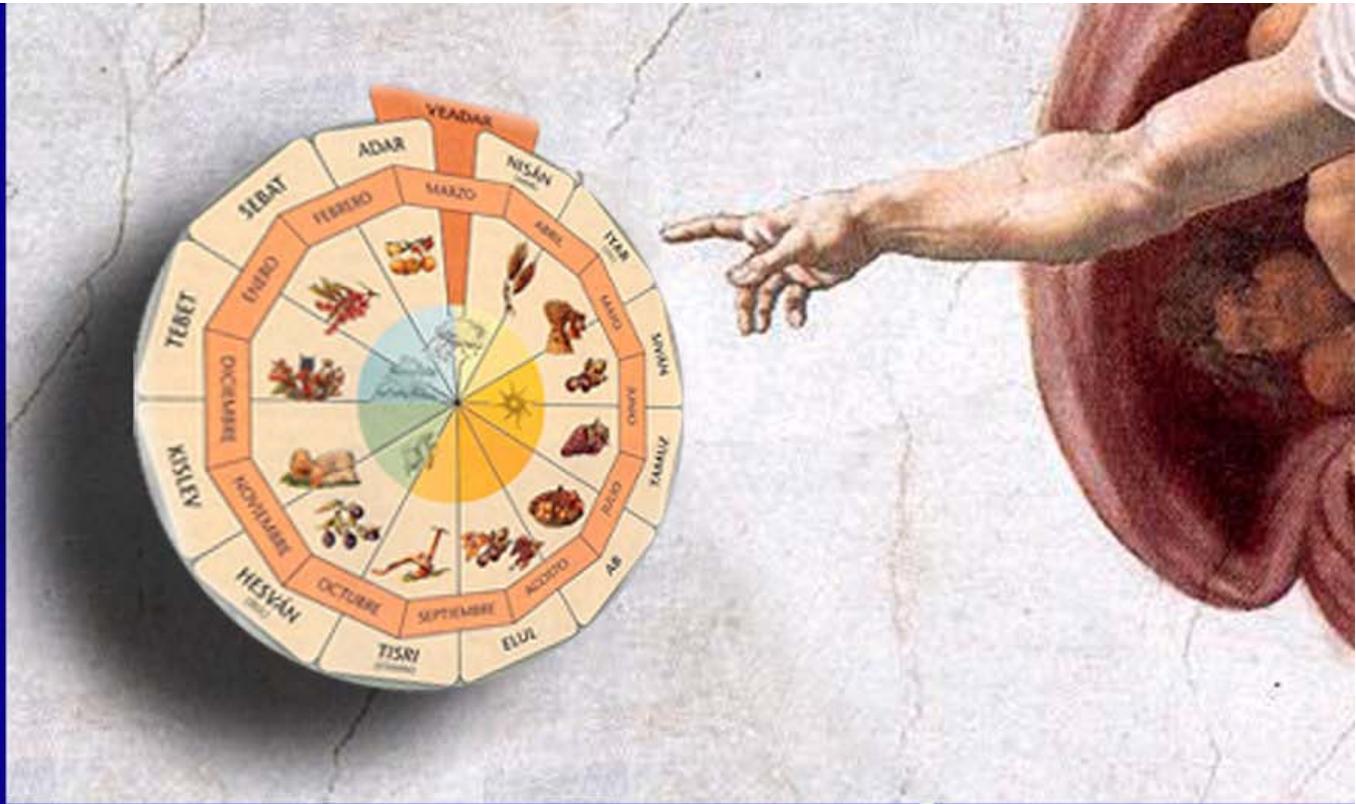




COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE VALLECAS-VILLA



LA SEMANA DIVINA Y HUMANA.

Pr. Joaquín Yebra.
Madrid y Verano de 2013.

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	1
EN EL PRINCIPIO.....	4
EL DÍA UNO: UN DÍA.....	14
EL DÍA SEGUNDO.....	18
EL DÍA TERCERO.....	21
EL DÍA CUARTO.....	25
EL DÍA QUINTO.....	29
EL DÍA SEXTO.....	34
¿DÓNDE ESTÁN LOS MUERTOS?.....	44
¿QUÉ ES EL “ALMA”?.....	55
LA CULMINACIÓN DE LA CREACIÓN.....	61

*“Por Ti, oh Dios Viviente, mi ser suspira,
mi espíritu y mi alma están consumidos por el fuego.
Tu Shejiná mora en los corazones
De tus hijos y padres elegidos,
Ya tus criaturas vivientes pones como guarnición en los
carros.”*

Ibn Gabirol (c. 1021 d.C. - c. 1058 d.C.).

INTRODUCCIÓN.

Tres son los grandes acontecimientos que se relatan en esta semana única, a la que vamos a dedicar este estudio:

Primeramente, la Creación del Universo: Nehemías 9:6:

“Tú sólo eres YHVH; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas, y los ejércitos de los cielos te adoran.”

En segundo lugar, el magno acontecimiento de la Creación de la Tierra: Isaías 45:18-19:

“Porque así dijo YHVH, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy YHVH, y no hay otro. No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra; no dije a la descendencia de Jacob: En vano me buscáis. Yo soy YHVH que hablo justicia, que anuncio rectitud.”

Salmo 37:10-11: “Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.”

Salmo 37:27-29: “Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre. Porque YHVH ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella.”

Mateo 5:5: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

Isaías 35:10: “Y los redimidos de YHVH volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido.”

Isaías 65:17-18: “Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalem alegría, y a su pueblo gozo.”

Y el tercer acontecimiento, el hombre -varón y mujer- a la imagen y semejanza divina.

Génesis 1:26-27: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.”

Génesis 2:7: “Entonces YHVH Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.”

Podemos asombrarnos ante el vuelo de los pájaros, las melodías de sus cantos, e incluso ante la manera en que las aves construyen sus nidos, que jamás vieron edificar a sus progenitores, pero que tienen su plano inscrito en sus diminutas cabezas; nidos contruidos con barro y briznas de paja, o pequeñas ramitas entrelazadas, capaces de resistir lluvias y tormentas.

La simetría y el colorido de las flores pueden igualmente asombrarnos y hacernos disfrutar con sus perfumes, como también con los colores y sabores de la gran variedad de frutas, verduras y hortalizas para nuestra nutrición.

¡Y qué decir de la propia estructura de nuestro organismo! Verdaderamente, nuestra vida es un auténtico milagro; cada célula, cada glóbulo rojo que transporta el oxígeno vivificante a nuestros tejidos; o las neuronas que permiten la realidad de nuestro pensamiento; y así podemos ver, oír, oler, tocar, gustar, andar, pensar, guardar en nuestra memoria, gozar, amar, y para cada uno de esos actos precisamos estructuras y funciones de la más asombrosa complejidad.

Para que una flor roja florezca, se requiere que un rayo de luz nacido en el Sol, a muchos millones de kilómetros de distancia llegue hasta nuestra Tierra y estimule la moléculas de un pigmento sintetizado en los pétalos. Ese pigmento será rojo porque absorberá en su estructura todas las ondas luminosas de la luz blanca del Sol, excepto las rojas. Y esas ondas serán las que alcanzarán a nuestros ojos atravesando la pupila y los medios transparentes para proyectar en la retina una imagen invertida de dicha flor. Allí las ondas luminosas electromagnéticas activarán las células fotoeléctricas de la

membrana que descargará impulsos neuroeléctricos a través de los nervios ópticos para alcanzar de ese modo las neuronas del centro de la visión, en la región occipital de nuestro cerebro, en donde percibiremos la imagen corregida de la flor que admiramos.

No debe extrañarnos que el Salmista, con muchos menos conocimientos que nosotros, exclame: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh YHVH! Hiciste todas ellas con sabiduría.” (Salmo 104:24).

*“Y cuando mi corazón se colma,
su radiación ilumina desde dentro.”*

(Ibn Gabirol).

EN EL PRINCIPIO.

¿Qué fue lo que Dios (Elohim) creó (“bará”) en el principio?

Dios realizó la obra de la Creación con el principio del tiempo: Génesis 1:1:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Para expresar la noción de “crear”, el Salmista David usó la voz hebrea “bará” que es la misma que se utiliza en el texto de Moisés para la creación de los Universos en Génesis 1:1.

Salmo 51:10: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio”. (“lev tajor bará li”). “Bará” es fundamentalmente traer a la existencia algo que no existía anteriormente. Es realizar un milagro portentoso que sólo Dios puede hacer.

Cuando David le pidió al Señor que creara en él un corazón limpio podía haber empleado la voz “yatzar”, que significa generalmente crear algo partiendo de algo anterior, pero David fue absolutamente explícito al pedirle a Dios que creara algo que él no poseía, que no tenía nada de valor que ofrecerle a Dios para que lo cambiara o transformara, sino que hiciera en él algo absolutamente nuevo.

Creemos que el Apóstol Pablo tiene esta idea en mente cuando les dice así a los cristianos de Corinto:

2ª Corintios 5:17: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

Ahora bien, en el hebreo bíblico la voz “bará” también significa “engordar” o “llenar”, como se desprende, entre otros textos, de 1º Samuel 2:29:

“¿Por qué habéis hollado mis sacrificios y mis ofrendas, que yo mandé ofrecer en el tabernáculo; y has honrado a mis hijos más que a mí, engordándoos de lo principal de todas las ofrendas de mi pueblo Israel?”.

La voz hebrea para “engordándoos” es una forma del verbo “bará”. De manera que podría leerse Génesis 1:1 como “En el principio llenó Dios los cielos y la tierra”, o “en el principio engordó Dios los cielos y la tierra.” Y verdaderamente es asombrosa la manera en que Dios “llenó”, “engordó” los cielos.

La astronomía actual cree haber detectado la existencia de estrellas en el Universo en un número de unos 55 mil millones elevado a la 5ª potencia, lo que puede ser sólo una parte mínima de las actuales dimensiones del Universo conocido, en constante expansión. De ahí que seamos constantemente sorprendidos por los descubrimientos del espacio en el que están apareciendo cada día nuevas formaciones estelares que sobrepasan cualquier intento de describir, no el Universo, sino nuestros conocimientos del mismo.

Así podemos aproximarnos a la comprensión de lo que David le pidió al Señor al rogarle que “engordara”, que “llenara”, su corazón con santidad, justicia y humildad.

La mayoría de las traducciones bíblicas dicen “al comenzar” o “en el principio”, pero el hebreo original “Bereshit” es una frase que se encuentra en “*estado constructo*”, es decir, la forma que adopta un sustantivo o un adjetivo en las lenguas semíticas, como es el caso del hebreo, para expresar una relación de caso genitivo, es decir, en correspondencia de propiedad o pertenencia.

Es el caso del hebreo, y se denomina “smikhut”, cuyo sentido es el de “soporte del nombre” o “adyacencia”.

Ejemplos:

“davar”, “una cosa”, o “un dicho”, “una palabra”.

“ha-davar”, “la cosa”, “el dicho”, “la palabra”.

“dvar”, “el dicho de”, “la palabra de”.

“Kadesh”, “santo”, “sagrado”.

“davar Kadesh”, “una cosa santa”, “una cosa sagrada”.

“ha-davar ha-kadosh”, “la cosa sagrada”.

“dvar ha-mélej ha-kadosh”, “una palabra (o cosa) del Santo Rey”.

Como vemos consiste en la combinación de dos sustantivos. Frecuentemente introduciendo el artículo determinado con el segundo sustantivo para crear un tercer nombre.

Más ejemplos:

“bait”, “(una) casa”.

“ha-bait”, “la casa”.

“beit”, “casa de”.

“séfer”, “(un) libro”.

“beit séfer”, “(una) escuela”; literalmente “una casa del libro”.

“beit ha-séfer”, “la escuela”.

La oración, pues, que comienza con “Bereshit” (“en el principio”) permite leerse seguidamente hasta el versículo 3, pero considerando la frase del versículo 2 como si estuviera entre paréntesis o entrecomillada, es decir, como si se tratara de una aclaración de la frase anterior.

De manera que Génesis 1:1 permitiría traducir “Bereshit”, “en el principio”, como “en el comienzo de la creación de Dios de los cielos y de la tierra”.

Ahora bien, la voz “Bereshit” está formada por dos vocablos, que son “Be” y “Reshit”, lo que permitiría traducir por “con” y “el principio”. Es decir, Dios creó los Universos, comprendida la tierra, con el principio del tiempo.

Dios realizó la obra de ordenación de la tierra, y así fueron acabados los cielos y la tierra y todo su cortejo.

En el sexto día creó Dios al hombre, a imagen y semejanza suya lo creó, y varón y mujer los creó:

Génesis 1:26-27: “Entonces dijo Dios (“Elohim”): Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces de mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.”

Génesis 5:1-2: “Este es el libro de las generaciones de Adam. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adam, el día en que fueron creados.”

Rematada la obra de Dios en el día sexto, descansó el Eterno en el día séptimo de cuanto hiciera, bendijo Dios aquel día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había creado: Génesis 2:1-3:

“Fueron, pues, acabados los cielos y la Tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.”

Esta es la primera vez en la Sagrada Escritura en que aparece la voz “Kadosh”, “Santo”, “Santificar”, “Declarar Santo”.

Después, ya en los tiempos históricos, se nos relata que Dios le entregó a Moisés el Decálogo, las Diez Palabras, y en el Cuarto Mandamiento el propio Creador escribió lo que había hecho al principio, en aquel día séptimo, es decir: Éxodo 20:8-11:

“Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para YHVH tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo YHVH los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, YHVH bendijo el día de reposo y lo santificó.”

Dios, quien escribió el Mandamiento del Día de Reposo, llamó “yom”, hebreo para “día”, a cada uno de sus actos creadores: Génesis 1:5, 8, 13, 19, 23, 31:

“Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día... Y llamó Dios a la expansión Cielos. Y fue la tarde y la mañana el día segundo... Y fue la tarde y la mañana el día tercero... Y fue la tarde y la mañana el día cuarto... Y fue la tarde y la mañana el día quinto... Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.”

Ahora bien, ¿cuándo aconteció aquel “principio”? Partamos del reconocimiento de que el tiempo sólo puede contarse desde el principio, pero para el Dios Eterno el tiempo no transcurre. El tiempo forma parte de la Creación:

Salmo 90:2: “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo tú eres Dios.”

Nuestra galaxia, que conocemos como “Vía Láctea” contiene unos cien mil años-luz de diámetro, y la galaxia espiral más cercana, Andrómeda, está a una distancia de más de 2 millones de años-luz de nosotros. Es evidente, por tanto, que en un pasado remoto más allá de nuestra posible imaginación, fue cuando Dios creó la materia, el Universo, nuestra galaxia, nuestro sistema planetario solar y nuestra Tierra.

No sabemos por cuanto tiempo la Tierra permaneció “informe y vacía” respecto a las condiciones precisas para su habitabilidad para el hombre. Pero lo que Dios nos revela en las Sagradas Escrituras es que en los seis días de la primera semana (Génesis 1:3-31) Dios hizo (“asáh”) el orden necesario para la vida, estableció las condiciones físico-químicas precisas para sustentar la vida y pobló la Tierra para la vida vegetal, animal y humana.

Las pretendidas edades multimillonarias de la madera petrificada y de los restos fósiles, calculadas por el nivel de su hallazgo en la columna geológica o por datación radiométrica, simplemente ignoran el cataclismo del Diluvio Universal de los días de Noé, que sepultó diversas formas de vida, cubriéndolas con minerales de data inmemorial que impregnaron los tejidos muertos, posibilitando de ese modo su conservación, de manera que la antigüedad radiométrica del fósil no es la antigüedad del “cadáver”, sino la de los minerales que lo impregnaron. Muy diferente hubiera sido si el tejido hubiese sido envasado en una envoltura absolutamente impermeable a los minerales del ambiente.

El Diluvio Universal de los días de Noé, descrito por Moisés (Génesis capítulos 6 al 9), citado por nuestro Señor Jesucristo en los capítulos 24 del Evangelio de Mateo y 17 del Evangelio de Lucas, así como por la palabra apostólica en Hebreos 11 y 2ª Pedro 3,

aportan una descripción catastrofista, con un hundimiento y sepultamiento muy rápidos que preservaron el material biológico de la habitual desintegración cadavérica, explicando de este modo su mineralización, su conservación y su edad en armonía con la cronología bíblica del evento del Diluvio Universal.

Muchos han tratado de hacer una distinción importante entre las voces “bará”, “crear” (“bet”, “resh” y “álef”) y “asah”, “hacer” (“ayin”, “sin” y “he”). Para la inmensa mayoría de los exégetas, es evidente que transcurrieron millones de años hasta el momento en que Dios puso en orden aquel caos en que llegó a estar la Tierra.

Quienes defienden esta teoría aluden a que “bará” se refiere a la Creación sobrenatural que los antiguos denominaron con la expresión latina “ex nihilo”, es decir, “de la nada”, mientras que “asah” hace referencia a “crear a partir de algo preexistente”, lo que permite creer que la Creación ocupó un largo período de tiempo. De manera que la Creación propiamente dicha aconteció respecto a los cielos y la Tierra (Génesis 1:1), las criaturas marinas y las aves (Génesis 1:21) y la creación del hombre como varón y mujer (Génesis 1:27). Comoquiera que “asah” se emplea para todos los demás actos creadores de Dios en el capítulo uno de Génesis, dichos actos podrían haber sido procesos creativos que ocuparon muchos millones de años.

Bará:

Génesis 1:1

Génesis 1:21

Génesis 1:27

Génesis 2:3

Génesis 2:4

Génesis 5:1

Génesis 5:2

Salmo 89:47

Salmo 104:30

Salmo 148:5

Isaías 40:26

Isaías 40:20

Isaías 54:16

Asah:

Génesis 1:7

Génesis 1:16

Génesis 1:25

Génesis 1:31

Génesis 2:3

Génesis 2:4

Génesis 3:1

Génesis 3:7

Génesis 3:21

Génesis 5:1

Génesis 6:6

Génesis 7:4

Génesis 9:6

Salmo 121:2

Salmo 104:24

Isaías 41:20

Isaías 43:7

Isaías 45:18

La pregunta lógica ahora es si los “actos creadores” (“bará”) y los “actos hacedores” (“asah”) de Dios en el capítulo primero de Génesis son acontecimientos o procesos categórica y rotundamente diferentes.

De la comparación de textos que hemos visto se desprende que las voces hebreas “bará” y “asah” se emplean indistintamente para describir la creación del Sol, la Luna, las Estrellas, las criaturas marinas, los árboles, los ríos, el hombre, los cielos y la tierra. En varios versículos se emplean al mismo tiempo para describir el mismo hecho.

Respecto a las plantas, según las palabras de Génesis 1:11-13, éstas no fueron ni creadas ni hechas, sino que partiendo de los textos de Génesis 2:1-3, Salmo 33:6-9, Salmo 148; y Hebreos 11:3, fueron creadas y hechas por la Palabra de Dios en el día tercero, aunque no empleó el Señor estos verbos específicos para describir sus acciones.

Salmo 33:6-9: “Por la palabra de YHVH fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. Él junta como montón las aguas del mar; él pone en depósitos los abismos. Tema a YHVH toda la Tierra; teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió.”

Hebreos 11:3: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.”

Ni la ciencia ni la Sagrada Escritura ofrecen fundamento para afirmar que la vegetación viniera a la existencia mediante procesos puramente naturales, mientras que todo lo demás fue creado de forma sobrenatural. Antes bien, la formación de la primera vegetación fue absolutamente sobrenatural, por cuanto las primeras plantas fueron creadas en estado maduro, incluso con su fruto.

Génesis 1:11-12: “Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno.”

El verbo “bará” no siempre se emplea para referirse a una creación de algo inexistente. La prueba la hallamos en el hecho de que el hombre, varón y mujer, fueron creados (Génesis 5:2), pero según Génesis 2:7 Dios formó (“yatzar”, “modelar”, “moldear”, “formar”, “dar forma”) a Adam del “polvo de la tierra” (mejor traducción sería “de la adamá”, “de la arcilla roja”), de ahí el nombre “Adam”, (“dam”, “sangre”, “edom”, “rojo”), es decir, “tomado de la ‘adamá’”.

En Génesis 2:22 se nos dice que Eva fue formada de una “costilla” de Adam.

“Y de la costilla que YHVH Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.”

No se sabe cómo fue que la voz hebrea original, “Tselá”, ha llegado a convertirse en “costilla”, y así suele traducirse a casi todas las lenguas occidentales, porque el sentido de este vocablo es el de “lado”, “costado”, “muro lateral de la casa”, donde se apoyaban las vigas. Su raíz es “tsel”, “sombra”. Éxodo 26:20: “Y al otro lado del tabernáculo, al lado del norte, veinte tablas.”

1º Reyes 6:15-16: “Y cubrió las paredes de la casa con tablas de cedro, revistiéndola de madera por dentro, desde el suelo de la casa hasta las vigas de la techumbre; cubrió también el pavimento con madera de ciprés. Asimismo hizo al final de la casa un edificio de veinte codos, de tablas de cedro desde el suelo hasta lo más alto; así hizo en la casa un aposento que es el lugar santísimo.”

Para los sabios antiguos de Israel, el sentido de la mujer como “lado del varón” significó que el varón y la mujer son dos lados de un todo. La mujer no es complemento del varón, sino mucho más que eso. Se trata de la mitad faltante del varón. Por lo tanto en la unión de “ish”, “varón” y de “ishá”, “mujer”, se forma “ishveishá”, es decir, la unidad armónica con que el “hombre”, no el varón sino el varón y la mujer fueron creados en el principio.

Respecto a la creación de los “cielos”, hemos de preguntarnos por qué aparece esta voz en plural. ¿Cuántos “cielos” creó Dios?

El cielo creado por Dios en el principio es el Segundo Cielo, es decir, el Universo. Es hacia donde miramos cuando seguimos el consejo del profeta Isaías 40:26: “Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio.”

Los otros dos “cielos” son la atmósfera creada en el segundo día (Génesis 1:6-8), y el Tercer Cielo, donde se encuentra el Trono de Dios:

2ª Corintios 12:1-4: “Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.”

Pero volvamos al principio: ¿Cuándo fue ese principio? Tengamos en cuenta que el tiempo sólo puede contarse desde la Creación. Para el Dios Eterno, el tiempo no transcurre, sino para lo creado.

Ahora bien, la Tierra “estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.” (Génesis 1:2).

“Desordenada y vacía” es nuestra traducción del hebreo “tóhu vabóhu”, expresión cuyo sentido es el de algo “amorfo y vacío”. En Isaías 40:17 vuelve a aparecer esta expresión para describir un espacio sin márgenes, ilimitado, es decir, sin límites claros, sin contornos definidos y de forma imprecisa, lo que impide toda identificación y separación de las demás cosas.

Identificar y separar constituyen actos primordiales para poder reorganizar el cataclismo que había llegado a producirse, por cuanto Dios nunca crea nada desordenado y vacío. “Desordenada” implica que un día la Tierra estuvo ordenada, y “vacía” implica que estuvo llena y fue vaciada. De ahí que mientras la Tierra estaba desordenada y vacía, y que las tinieblas cubrían la faz del abismo anegado por las aguas, sería más correcto traducir por “la Tierra llegó a estar desordenada y vacía”.

El breve texto de Génesis 1:2 presenta un problema respecto al estado inicial de la Tierra. Aquí surgen las preguntas de qué significa en este contexto la voz “tierra”. ¿Se trata del material físico que constituye nuestro hábitat? ¿Del planeta? ¿De un substrato cubierto por las aguas? Todo parece indicar que el texto describe la situación del planeta en un intervalo entre el acto creador de la materia original y la creación de la vida, tras el largo proceso descrito entre los versículos 3 y 27, durante el cual Dios reorganiza lo que había llegado a estar en un estado caótico. Quizá pudiera hacer referencia al material en bruto del acto creador, esperando recibir la forma definitiva. Pero muchos de nosotros nos inclinamos por pensar que se trata de la descripción del estado de la Tierra después de haber caído de su gloria original, especialmente considerando que Dios, insistimos, no crea nada desordenado y vacío, así como el hecho lingüístico de que el original hebreo “estaba”, “haytá”, puede traducirse por “llegó a estar”. Esta hipótesis, que denominamos de “restitución”, describiría un mundo caído o destituido de su gloria inicial, a la manera en que Luzbel, el querubín protector, portador de la luz, cayó después de su rebelión contra Dios.

Isaías 14:11-15: “Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán. ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.”

Este escarnio contra el rey de Babilonia muestra una realidad que va más allá de la historia, y que revela la presencia y personalidad de quien se esconde tras el personaje histórico, el déspota en quien se reproduce el acontecimiento metahistórico. Lo mismo acontece en el relato de Ezequiel, en el que comenzando a referirse al rey de Tiro, pronto se manifiesta la realidad espiritual que se esconde tras este nefasto personaje histórico. El Señor, que ordena al profeta levantar endechas sobre el monarca despótico y cruel, pronto revela quién se esconde tras él, su naturaleza y destino final:

Ezequiel 28:12-19: “Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho YHVH el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios, estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunco, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.”

Es evidente en ambos pasajes el punto de inflexión a partir del cual lo referido a unos personajes históricos maléficis, los reyes de Babilonia y de Tiro, penetra en el fondo de

la historia y se remonta a acontecimientos remotos para después profetizar el acontecimiento futuro y final del justo juicio de Dios.

La descripción del estado al que llega la Tierra contiene varios elementos que apuntan hacia un juicio divino. Desde luego, el texto del versículo 2 del primer capítulo de Génesis no corresponde al modelo de los actos creadores de Dios al reorganizar una Tierra desordenada y vacía, comenzando por las luz y concluyendo con la creación del hombre, varón y mujer, a la imagen y semejanza de Dios.

La voz “Tierra”, “*eretz*”, llega al hebreo procedente del acádico mesopotámico “*eresetu*”, claramente relacionado con la voz hebrea, y se empleaba juntamente con “*shamu*” para referirse a los “cielos” y así indicar la totalidad del mundo. El hebreo “*eretz*” aparece nada menos que unas dos mil quinientas veces en el texto hebreo y arameo del Antiguo Testamento, y en Génesis 1:1, al igual que en otros textos bíblicos, hace referencia a la totalidad de nuestro planeta:

Génesis 14:18-20: “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo (a Abraham) diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.”

Isaías 66:1: “YHVH dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies. ¿Dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?”

Génesis 24:3: “Dios de los cielos y Dios de la tierra.”

El vocablo “*tehom*”, que suele traducirse en muchas versiones bíblicas por “abismo” es voz para la que no hay equivalencia en nuestras lenguas occidentales. Su sentido es lo más opuesto al orden armónico de la Creación Divina, que es el que Dios introduce en la Tierra para su habitabilidad. La voz occidental más próxima a este vocablo hebreo sería el de “caos” frente a “cosmos”.

Isaías 45:18: “Porque así dijo YHVH, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó; yo soy YHVH y no hay otro.”

“El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.” (Génesis 1:2). Como agente creador, el Espíritu Santo es quien en el principio se movía sobre las aguas, el que adornó los cielos y sustenta la vida. En todo es preciso tener presente que todas las obras de Dios, incluyendo nuestra redención, resultan de la acción mancomunada de la bendita Trinidad Divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo:

Job 26:13: “Su Espíritu adornó los cielos.”

Job 33:4: “El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida.”

En las Sagradas Escrituras es frecuente el uso de “espíritu”, hebreo “*rúaj*” y griego “*pneuma*”, cuyo significado es indistintamente “viento” y “espíritu”, y constituye un recurso divino o bien una de sus hipóstasis no visuales.

Ahora bien, el castellano “se movía” es el hebreo “*merajéfet*”, una figura sensorial, auditiva o táctil, que permite percibir sus efectos, pero no quien los genera. Su raíz etimológica alude a “aletear”, “revolotear”, “cernirse” e “incubar”. La simbología es la

de un ave que cubre con sus alas en movimiento el nido donde se encuentran sus polluelos, a quienes excita para inducirlos a echar a volar.

El lenguaje es universal, y demuestra la veracidad de la máxima hebrea que dice: “La Torá es según el lenguaje de los hombres”. De manera que puede ser comprendida por el común de los mortales. El Padre de la Iglesia y exégeta bíblico Juan Crisóstomo (354 d.C - 407 d-C.) denominó “synkatabasis” en griego o “accomodatio” en latín, a toda adaptación del discurso divino al lenguaje inteligible y comprensible de los hombres.

¿Qué creó Dios en el primer día de aquella semana?

Primeramente, aclaremos que el primer día no es “yom rishón”, en el hebreo original, es decir, “día primero”, sino “yom ejád”, “día uno”, o sencillamente “un día”.

¿Por qué dice la Escritura “yom ejád”, “día uno” o “un día”, empleando el número cardinal, y no “yom rishón”, “día primero”, usando el numeral ordinal, mientras que de los otros días se dice “segundo”, “tercero”, etc.?

Y la respuesta de los sabios antiguos de Israel es que el número ordinal debe ser usado cuando ya hay una existencia que sigue al número, lo cual no ocurre en el “yom ejad”, “día uno” de la Creación, pero sí acontece en el día segundo, por cuanto ya hay un orden establecido. A partir de ese momento, cuando el primer ciclo está completado, el texto presentará al segundo día, al tercero, y así sucesivamente.

“El misterio fatiga hasta los más sabios

que luchan para comprenderlo.”

(Ibn Gabirol).

EL DÍA UNO: UN DÍA.

¿Qué creó Dios en aquel día uno? Génesis 1:3: “Y dijo Dios (“Elohim”): Sea la luz; y fue la luz.”

Previamente la Tierra había estado en oscuridad:

Génesis 1:2: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.”

La existencia de la luz antes de la creación del sol y las estrellas ha sido motivo de abundantes polémicas. Muchos se han preguntado: ¿De qué luz se trata? ¿Cómo podemos explicar la existencia de una luz no solar que permita dividir la jornada en día y noche?

Para los sabios antiguos de Israel se trataba de una luz tan intensa que podía recorrer todo el Universo. (Talmud TB Tratado Jaguigá 12 a). Para Filón de Alejandría (c. 15 a.C. - c. 50 d.C.), aquella luz era la Palabra de Dios o Logos Divino.

Todos los místicos hebreos consideraron que se trataba de una luz primordial que después se ocultó a la mayoría de los mortales. Para otros fue la materia prima para la construcción las estrellas y de nuestro Sol.

Para el judeo-español Rabí Abraham ben Meir ibn Ezra, conocido simplemente por Ibn Ezra (nacido en Tudela, en la Taifa de Zaragoza, 1092 d.C., y muerto en Calahorra, en el Reino de Castilla, en 1167 d.C.) supone que se trata del fuego elemental, uno de los

cuatro elementos esenciales (agua, tierra, fuego y aire). Para los místicos judíos, se trata del propio Dios que se reviste de luz para crear los Universos.

En el día Uno Dios ilumina la Tierra. Esto no significa que la luz no hubiera existido anteriormente, por cuanto la presencia de Dios siempre está asociada con la luz:

Isaías 60:18-22: “Nunca más se oirá en tu tierra violencia, destrucción ni quebrantamiento en tu territorio, sino que a tus muros llamarás Salvación (hebreo: ‘Yeshúa’, latinizado ‘Jesús’) y a tus puertas Alabanza (hebreo: “Tehilá”, voz cuyo significado es “adoración”, “alabanza”). El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que YHVH te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna, porque YHVH te será por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados. Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra; renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme. El pequeño vendrá a ser mil, el menor, un pueblo fuerte. Yo YHVH, a su tiempo haré que esto sea cumplido pronto.”

Juan 8:12: “Otra vez Jesús les hablo, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Juan 12:35-36, 44-46: “Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz... Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; y el que me ve, ve al que me envió. Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas.”

Juan 14:9: “El a que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

2ª Corintios 4:6: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.”

1ª Juan 1:5: “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.”

Apocalipsis 22:5: “No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará, y reinarán por los siglos de los siglos.”

El fenómeno físico de la luz no fue creado en ese momento, sino que en ese momento la luz iluminó a la Tierra.

Para los sabios antiguos de Israel, el Sol y el Sistema Solar existían antes de esta semana de ordenación de la Tierra, pero fue ocultada la luz para que la superficie de la Tierra permaneciera en oscuridad. Podríamos comparar a la Tierra en aquellos momentos con el planeta Venus, donde una espesa atmósfera oscurece la luz del Sol. Es decir, que en el día Uno la atmósfera se había aclarado lo suficiente para permitir que la luz alcanzara la superficie de la Tierra.

Recordemos el texto que nos llega en el libro de Job 38:8-9:

“¿Quién encerró con puertas el mar... cuando puse yo nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad?”

Algo había que impedía que la luz penetrara hasta la superficie de la Tierra. De ahí que lo primero que hizo Dios fue desvanecer las tinieblas realizando una transparencia para que la luz penetrara la capa de nubes o la ionosfera.

Ahora bien, Dios vio que la luz era buena, e hizo separación entre la luz y las tinieblas. Es interesante que nos preguntemos porqué Dios vio que la luz era buena. ¿Acaso no sabía que lo era? Esta puede ser una de las preguntas que suelen hacer los niños, las cuales contienen más sabiduría que las que formulamos la mayoría de los adultos. Aquí los sabios antiguos de Israel entendieron que lo que nos quiere decir nuestro Señor es que Dios vio que los malignos podían utilizar la luz con propósitos malos, y por ello separó la luz de las tinieblas, para hacerla accesible solamente a los justos, los “tzadikim”, los que viven la “tzedaká”, es decir, la “justicia misericordiosa”, de la raíz “tzedek”, que es la “justicia”. Su sentido es el de “justicia solidaria”.

Se trata de la ayuda solidaria a los desfavorecidos. No se trata de un acto de bondad, ni de carácter meritorio, como infortunadamente muchos suelen malentender, sino la respuesta a un mandamiento ético.

De ahí que según las Sagradas Escrituras la pobreza no sea una maldición inexorable, sino que su ampliación o reducción será conforme a la voluntad de los humanos y del modo en que nos organicemos como sociedad. La insensibilidad frente a la injusticia será siempre una falta gravísima ante Dios Padre de todos, quien nos encarga la responsabilidad de dicha organización como lugartenientes suyos en esta Tierra.

Tampoco se trata de un asunto exclusiva o fundamentalmente material, sino que tiene profundísimas implicaciones espirituales. La “tzedaká” es la justicia del Reino de Dios, que trae bendición, paz y seguridad. De manera que quien ayuda a su prójimo está ayudándose a sí mismo. Así podemos acercarnos más al entendimiento de las palabras de nuestro Señor Jesucristo:

Mateo 5:17-20: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.” (Ver también Romanos 13:10; Gálatas 5:14; Levítico 19:18; Marcos 13:31).

Mateo 6:33: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas (comida, bebida, vestido) os serán añadidas.”

Mateo 23:23: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.” (Ver también Lucas 11:42).

Por mucho que las iglesias del cristianismo institucionalizado traten de ocultar esta enseñanza fundamental de las Sagradas Escrituras en general, y de nuestro Señor Jesucristo en particular, aliándose con los poderes establecidos, la voluntad divina no puede ser acallada:

Deuteronomio 15:1-4,11: “Cada siete años harás remisión. Y esta es la manera de la remisión: perdonará a su deudor todo aquel que hizo empréstito de su mano, con el cual obligó a su prójimo; no lo demandará más a su prójimo, o a su hermano, porque es pregonada la remisión de YHVH. Del extranjero demandarás el reintegro; pero lo que tu hermano tuviere tuyo, lo perdonará tu mano, para que así no haya en medio de ti mendigo; porque YHVH te bendecirá con abundancia en la tierra que YHVH tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión... Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra.”

Isaías 41:17: “Los afligidos y menesterosos buscan las aguas, y no las hay; seca está de sed su lengua; yo YHVH los oiré, yo el Dios de Israel no los desampararé.”

Mateo 26:11: “Porque siempre tendréis (original “éjete”, “tenéis”) pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.”

Marcos 14:7: “Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis.” (Ver también Juan 12:8).

Es de sumo interés tener muy presente que Jesús no dijo que “a los pobres siempre los tendríamos entre nosotros” de forma irremediable, hiciéramos lo que hiciéramos, sino que el griego original de Mateo 26:11 emplea la forma verbal en presente, “éjete”, cuya traducción más correcta sería “siempre tenéis a los empobrecidos con vosotros”, lo que implica que en cuanto pongamos en práctica la justicia del Reino de Dios, dejará de haber empobrecidos entre nosotros.

Es muy curioso también el hecho de que Moisés introduzca la voz “tarde”, hebreo “érev” para describir el día completo. La voz hebrea original está emparentada con el término arameo “irvuvia”, que alude a “mezcolanza”, “indiferenciación”, “confusión”, una manera de diferenciación con la mañana, cuando vuelve la nitidez y todo se torna claro y preciso. La tarde es cuando comienza el día, y no la noche. Para los místicos, el paso de la tarde a la noche y de ésta al día es una manera en la que Dios nos recuerda cotidianamente el acto creador de separación de la oscuridad y la luz.

Hay un cuento jasídico (de “jasid”, “piadoso”, de donde se forma la palabra “jasidut”, “práctica de la piedad y de la bondad”, que da nombre a un movimiento judío ortodoxo y místico fundado por el Rabí Israel ben Eliezer, conocido como el Baal Shemtov, “el Señor del Buen Nombre” (1700 d.C. - 1760 d.C.) que relata cómo los discípulos le preguntaron a su maestro cuándo terminaba la noche y empezaba el día. Uno dijo: “¿Es cuando podemos distinguir a un hombre de un árbol?” “No”, respondió el maestro. “¿Es cuando podemos distinguir un perro de un zorro?” Preguntó otro. “No”, dijo el maestro. Otro preguntó: “¿Es cuando podemos leer la Torá sin la ayuda de un candil?” “No”, respondió el maestro, y a continuación afirmó: “Es cuando podemos ver que cualquier hombre es nuestro hermano”.

“Cansados de buscar el ideal de esplendor:

¿Cómo, pues, nutriré mi alma

en el Templo del honor?”

(Ibn Gabirol).

EL DÍA SEGUNDO.

¿Qué hizo Dios en el día segundo? Génesis 1:6-8:

“Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión Cielos. Y fue la tarde y la mañana el día segundo.”

Primeramente, Dios habló. Según el tratado de la “Mishná” titulado “Pirke Avot”, “Los Capítulos de los Padres”, una de las obras más fundamentales de la Ley Oral (III siglo d.C.), donde se recogen leyes y preceptos relativos a las fiestas, la dieta, el servicio religioso, matrimonio y divorcio, en esta sección en particular se tratan exclusivamente asuntos de naturaleza ética donde se recogen enseñanzas de varios siglos anteriores a su redacción, se manifiesta que Dios creó todos los Universos por medio de diez locuciones o palabras, que tienen su correspondencia en las diez palabras del Decálogo.

La “Mishná” es el nombre que recibe la Segunda Parte de la Ley de Moisés. Ha sido mantenida de generación en generación de manera verbal, de ahí el nombre de “Ley Oral”, hasta el segundo siglo de nuestra era, cuando el Rabino Judá Ha Nasí, denominado “El Príncipe”, en el año 220 de la era cristiana, se dio la tarea de recoger todas las tradiciones orales que databan desde el año 536 a.C., hasta cuando el Templo de Jerusalem fue destruido por los romanos en el año 70 d.C.

Ante el peligro de que dichas enseñanzas desaparecieran o se olvidaran, Nasí organizó de forma sistemática todas las tradiciones orales en forma de discusiones entre los eruditos de la Ley. La totalidad de esa magna obra, de la que la Mishná (“enseñanza recibida por un discípulo”) forma parte, junto con la Gemará (“aprendizaje de la tradición”), y consistente en la explicación de la Mishná, se conoce como “Talmud” (“instrucción”), colección de escritos formada por 63 tratados que ocupan unas 6.200 páginas en forma impresa. Representa el núcleo central del judaísmo rabínico, el fundamento de todos los códigos de la ley rabínica y la más rica colección de las tradiciones del pueblo de Israel. “Talmud de Jerusalem” es la designación para la colección más antigua de escritos, y “Talmud de Babilonia” es el nombre que reciben los tratados posteriores a la destrucción del Templo de Jerusalem.

La Palabra de Dios o Verbo Divino (“Logos”), es decir, el Cristo preencarnado, fue el agente creador, según Juan 1:1-5:

“En el principio era el Verbo (“Logos”, hebreo “Davar”, la Palabra), y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.”

Ese Verbo es quien fue encarnado en la Persona de Jesucristo:

Juan 1:14: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (‘eskenosen’, ‘levantó su tabernáculo, su tienda de campaña, entre nosotros’), (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Colosenses 1:15-17: “Él (Cristo Jesús) es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visible e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.”

Ahora bien, ¿qué es la “expansión”? Algunos han entendido que el vocablo hebreo original, “rakia”, puede traducirse por “bóveda” o “techo”, cuya raíz es la forma verbal que significa literalmente “golpear o martillar los metales hasta convertirlos en láminas muy delgadas”. Es la misma voz que aparece en Éxodo 39:3:

“Y batieron láminas de oro, y cortaron hilos para tejerlos entre el azul, púrpura, carmesí y lino torcido.”

La referencia a las “aguas de arriba” y a las “aguas de abajo” aparece en muchos escritos de la antigüedad. Para muchos intérpretes del pasado, una posibilidad interpretativa sería que a partir de este momento la Creación de Dios va entrando en una ordenación permanente.

Del mismo modo que fueron creados el día y la noche como medida de tiempo, también en este caso se establecen las fuentes de vida para toda la Creación, para lo vegetal, lo animal y para el hombre, antes de que fueran creados.

Podemos encontrar una alusión interesante en el Salmo 104:1-4, 13-14:

“Bendice, alma mía, a YHVH. YHVH Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia. El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina, que establece sus aposentos entre las aguas, el que pone las nubes por su carroza, el que anda sobre las alas del viento; el que hace a los vientos sus mensajeros, y a las flamas de fuego sus ministros... Él riega los montes desde sus aposentos; del fruto de sus obras se sacia la tierra. Él hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra.”

Dios separó entre las aguas que había debajo del firmamento, es decir, los ríos, los lagos y todos los cursos de agua, que vivifican la Tierra cuando no hay lluvia, y entre las aguas que había sobre el firmamento, las que provendrán de las nubes y se convertirán en las lluvias que convierten lo yermo en fértil.

La voz “shamayim”, “cielos”, es término hebreo que puede originarse en la contracción de dos palabras: “Sham” y “Mayim”, cuyo sentido literal es “allí (hay) aguas”.

En esta ocasión Dios no dice que “vio que era bueno”. Los viejos intérpretes hebreos piensan que esto se debe a que fue un día de división y separación. Para otros intérpretes, Dios no pronuncia “y vio Dios que era bueno” porque la obra del día segundo no había sido concluida hasta el día tercero, por lo que una obra inconclusa no puede calificarse de buena.

Así veremos que en el tercer día, después de que fuera concluida la obra, Dios pronunció “y vio Dios que era bueno”, dos veces. Esta es la causa de que en la tradición hebrea antigua se considerase el tercer día, que sería nuestro “Martes”, como un día propicio para la celebración de los votos nupciales, por cuanto entendieron que se requería una doble bendición sobre el matrimonio.

“Deseando, anhelo a mi amada;

mi objetivo y propósito: Mi alma.”

(Ibn Gabirol).

EL DÍA TERCERO.

¿Qué fue lo que Dios hizo en el tercer día? Génesis 1:9-13:

“Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco tierra, y a la reunión de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno. Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así. Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día tercero.”

En este día se produjo la separación del agua y de la tierra, así como el surgimiento de la vegetación. En dos ocasiones Moisés describió la Tierra totalmente cubierta por el agua: Durante los primeros tres días de la primera semana y durante el Diluvio de los días de Noé:

Génesis 1:9: “Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así.”

Génesis 7:19-20: “Y las aguas subieron mucho sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos. Quince codos más alto subieron las aguas, después que fueron cubiertos los montes.”

El codo es medida frecuente en tiempos veterotestamentarios: Del codo del brazo a la punta de los dedos de la mano, por promedio unos 45 centímetros. Esto quiere decir que

el agua ascendió unos siete metros por encima de las más altas cumbres. Ahora bien, todo el agua del Planeta no sería suficiente para cubrir tales alturas. ¿De dónde vino, pues, semejante caudal?

Este es uno de los más notables contenidos de la Biblia: Lo que Dios hizo en el tercer día, antes de traer a la existencia la vida vegetal, fue desnivelar la superficie del planeta para que emergiera la masa continental.

A medida que transcurrieron los días de aquella semana, nuestra Tierra fue entrando en un orden estable, permanente y duradero, para permitir al reino animal y al hombre, que serían creados después, la posibilidad de la vida. En el Salmo 104:6-9, el Salmista aclama las maravillas de la Creación, y respecto a las aguas dice lo siguiente:

Salmo 104:5-9: “Él fundó la Tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida. Con el abismo, como un vestido, la cubriste; sobre los montes estaban las aguas. A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron; subieron los montes, descendieron los valles, al lugar que tú les fundaste. Les pusiste término, el cual no traspasarán, ni volverán a cubrir la Tierra.”

En el profeta Jeremías hallamos también una hermosa reverencia a Dios nuestro Señor por haber establecido las leyes de la naturaleza:

Jeremías 5:22: “¿A mí no me temeréis? Dice YHVH. ¿No os amedrentaréis ante mí, que puse arena por término al mar, por ordenación eterna la cual no quebrantará? Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán; bramarán sus ondas, mas no lo pasarán.”

El concepto “tierra” en este versículo 10 tiene una connotación diferente a la voz que se emplea en el versículo 1, donde la voz “tierra” es “eretz”, es decir, el nombre del planeta. Ahora se trata de “yebashá”, es decir, la parte del globo terráqueo donde se desarrollará la vida.

En el lenguaje del Salmista: “Los cielos son los cielos de YHVH; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres.” (Salmo 115:16).

La expresión “según su especie”, tiene su sentido en ser distintos en género y en número, probablemente como prelude al precepto divino de Levítico 19:19: “No harás ayuntar tu ganado con animales de otra especie.”

En este tercer día, mediante el desequilibrio del planeta hizo Dios que surgiera toda la tierra junta. Eso es lo que conocemos como Pangea, del griego “pan”, “todo”, y “gea”, “tierra”. Es decir, que toda la tierra seca estaba formando un solo continente:

Génesis 1:9: “Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno.”

En ese gran continente, Pangea, es donde aconteció la gran catástrofe que conocemos en las Sagradas Escrituras como el Diluvio de los días de Noe, cuya causa fue como dice la Biblia en Génesis 6:11-13:

“Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la

tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra.”

El resultado de aquella corrupción de la raza humana fue que Dios inundó la Pangea con el Diluvio, en el que fueron exterminados sus habitantes:

Génesis 7:11-24: “El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches. En este mismo día entraron Noé, y Sem, Cam y Jafet hijos de Noé, la mujer de Noé, y las tres mujeres de sus hijos, con él en el arca; ellos, y todos los animales silvestres según sus especies, y todos los animales domesticados según sus especies, y todo reptil que se arrastra sobre la tierra según su especie, y toda ave según su especie, y todo pájaro de toda especie. Vinieron, pues, con Noé al arca, de dos en dos de toda carne en que había espíritu de vida. Y los que vinieron, macho y hembra de toda carne vinieron, como le había mandado Dios; y YHVH le cerró la puerta. Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra; y las aguas crecieron, y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra. Y subieron las aguas y crecieron en gran manera sobre la tierra; y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas. Y las aguas subieron mucho sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos. Quince codos más alto subieron las aguas, después que fueron cubiertos los montes. Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre. Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió. Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca.”

Génesis 8:13-14: “Y sucedió que en el año seiscientos uno de Noé, en el mes primero, el día primero del mes, las aguas se secaron sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca, y miró, y he aquí que la faz de la tierra estaba seca. Y en el mes segundo, a los veintisiete días del mes, se secó la tierra.”

Se nos explica también que Dios hizo pasar un viento sobre la tierra que hizo que las aguas menguaran:

Génesis 8:1: “Y se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra, y disminuyeron las aguas.”

Después de aquel cataclismo Dios inició una nueva humanidad con los que se habían salvado en el arca, y el Señor le dio a Noé la orden de multiplicarse sobre la tierra, como les había dicho a los hombres al principio de la creación del ser humano.

Génesis 8:15-17: “Entonces habló Dios a Noé, diciendo: Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo. Todos los animales que están contigo de toda carne, y aves y de bestias y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, sacarás contigo; y vayan por la tierra, y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra.”

Hay aquí una serie de milagros extraordinarios, como, por ejemplo, el propio acontecimiento del Diluvio, el hecho de que no fuera Noé quien metiera a los animales

en el arca, sino que Dios fue quien les ordenó que entraran, y fue Dios mismo quien les encerró y quien cerró la puerta.

Nuestro Señor Jesucristo hizo clara alusión al Diluvio de los días de Noé en el Evangelio:

Mateo 24:37-39: “Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del Diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y no entendieron hasta que vino el Diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.”

El descubrimiento de la Pangea no es tan antiguo. Fue el científico alemán Alfred Wegener (1880-1930), quien se percató de que los continentes se habían separado de su unidad original y se habían ido trasladando deslizándose muy lentamente hasta su posición actual, fenómeno que continúa produciéndose en la actualidad. Esta deriva continental es algo perfectamente conocido en nuestros días y aceptado como un hecho incuestionable. En la tectónica de las placas, los continentes son transportados pasivamente, y la deriva de las dorsales oceánicas muestra, entre otros casos, el desplazamiento del Océano Atlántico hacia Occidente a una media de 1,5 centímetros por año.

Hoy es perfectamente conocido que hubo un tiempo remoto en el que toda la tierra estaba aglutinada en un supercontinente del que, a partir del Mesozoico (hace más de doscientos millones de años, y mediante un lento mecanismo de fractura y de deriva, fueron separándose y formándose los continentes como los conocemos hoy.

La Pangea fue abierta en los días del Diluvio de los tiempos de Noé. De ahí que se rompieran todas las fuentes del abismo, se abrieran todas las cataratas del cielo y se produjera la inmensa inundación de la que se nos da cuenta en el libro de Génesis.

*“Como el zafiro, la casa del entendimiento,
la apariencia de la Luna es como el oro exquisito de Ofir,
y como un joven león, ella ha construido su casa
en el cuerpo, en secreto.”*

(Ibn Gabirol).

EL DÍA CUARTO.

¿Cuáles fueron los actos creadores de Dios en el día cuarto?

Génesis 1:14-19: “Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas. Y las puso Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana el día cuarto.”

No se nos dan muchos detalles de la creación de las lumbreras. Pudieron haber sido creadas en ese día o bien que en ese día aparecieran. Hay que tener presente que el relato se sitúa contemplado desde nuestra Tierra. De haber sido así, la luz de los primeros tres días pudiera haber sido provista por la presencia de Dios, como muchos de los sabios históricos de Israel pensaron, quienes se inclinaron por pensar ya desde antiguo que nuestro sistema planetario solar existiera desde antes de la semana de reordenación de la Tierra, pero que el Sol mismo no fuera visible desde la Tierra hasta

el cuarto día. Esto podría explicarse como resultado de la cubierta espesa de nubes de nuestra atmósfera, que apenas permitía que la luz difusa del Sol llegara hasta nuestra superficie terrena, pero sin revelar la fuente de la que dicha tenue luminosidad procedía. En ese caso, la atmósfera terrestre se aclararía en el día cuarto para que el Sol y la Luna fueran visibles desde la Tierra por primera vez.

Los sabios antiguos de Israel pensaron que en este día cuarto Dios puso a la Tierra en su órbita alrededor del Sol, que hoy conocemos es de unos 150 millones de kilómetros de radio, con el propósito de establecer relaciones ideales entre la Tierra, la Luna y el Sol, con la finalidad de proveer y dosificar la energía precisa para la vida.

Otros pensaron que el Sol y la Luna existían antes de esa época, pero en el cuarto día se les asignaron las funciones específicas relativas a la Tierra. En cuanto a la voz que nuestras Biblias traducen por “estaciones”, es el hebreo “moedim”, singular “moed”, cuyo sentido es el de “un acontecimiento producido por un encuentro o una reunión”. El “Ohel Moed” es el nombre que recibe la Tienda o Tabernáculo de Reunión (asamblea). Este sentido proviene de la raíz “ed”, cuyo significado es el de “señalar”, “asignar”, y que se relaciona con las voces “ed”, “testigo” y “edith”, “testimonio”, que usamos hasta nuestros días como nombre propio. Ambos vocablos aparecen simultáneamente en el Salmo 89, donde aluden a la inmutabilidad del pacto de Dios con David y su descendencia:

Salmo 89:28-37: “Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él. Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos. Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad. No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo.”

Así fue como entendieron los antiguos que la Luna señala las festividades (“moed”) y es testigo (“ed”) fiel en las alturas. La importancia cúllica de estas lumbreras o luminarias es evidente en la liturgia judía, como es el caso del “Birkat Hajamá”, la “Bendición del Sol”, que en el judaísmo ha de recitarse entre el amanecer y el final de la tercera hora proporcional del día (cada hora es definida como una doceava parte entre la salida del sol y su puesta. Cuando esto no es posible, se puede bendecir en cualquier momento hasta el mediodía, es decir, al final de la sexta hora proporcional).

Estas son algunas de las lecturas de la bendición del Sol:

Deuteronomio 4:39: “Aprende, pues, hoy y reflexiona en tu corazón que YHVH es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay otro.”

Salmo 148:1-6: “Alabad a YHVH desde los cielos, alabadle en las alturas. Alabadle vosotros todos sus ángeles, alabadle vosotros todos sus ejércitos. Alabadle, sol y luna; alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas. Alabadle, cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos. Alaben el nombre de YHVH; porque él mando, y fueron creados. Los hizo ser eternamente y para siempre; les puso ley que no será quebrantada.” (También se recitan los Salmos 19, 67, 121, 159).

Una vez al mes, cuando la suave luz de la Luna crece en el cielo, se recita la bendición especial llamada “Kidush Levaná”, la bendición o santificación de la Luna Nueva, la cual se asocia a la bienvenida de la “Shejiná”, el resplandor o reflejo de la Gloria de la presencia de Dios. Dice el Talmud en el Tratado Sanedrín 42 a, que “Quienquiera recita la bendición sobre la Luna Nueva en su tiempo apropiado, está dando la bienvenida como si fuera la “Shejiná”.”

La tradición afirma que esta bendición de la Luna puede hacerse tres días después de la Luna Nueva. Sin embargo, la costumbre según los cabalistas es esperar una semana, pero después de haber transcurrido dos semanas, ya no se puede pronunciar. Los sabios antiguos de Israel afirman que el momento mejor para pronunciar la bendición sobre la Luna Nueva es inmediatamente después del Shabat, cuando quien va a pronunciar la bendición está vestido con la ropa de gala para recibir el Día de Reposo.

Muchos han malentendido el sentido de la Bendición de la Luna, y han creído que se trataba de una alabanza a la propia Luna. Nada más lejos del sentido de esta costumbre. No se trata de alabar a nuestro satélite, sino al Bendito Creador, quien en este astro nos da el ciclo mensual más claro, por lo que aprovechamos su renacimiento para agradecerle a nuestro Señor por todo el sistema estelar. De ahí que bendecir a la Luna es para el pueblo hebreo como recibir el resplandor de la gloria de la presencia divina.

Además, el pueblo hebreo ha sido comparado por los sabios antiguos con la Luna, que crece y decrece, al igual que la historia del pueblo de Israel en el curso de los siglos. De modo que bendecir a la Luna en su renovación es para el pueblo hebreo una forma de renovar su fe en que la luz de Dios pronto llenará la Tierra y el pueblo judío será redimido de su exilio.

Una de las partes más importantes de la plegaria para la Bendición de la Luna reza así:

“Bendito eres Tú, Señor, nuestro Dios, Rey del Universo, que creaste (“bará”) los cielos con Tu Palabra y con el Aliento de Tu Boca todas las huestes celestiales. Les otorgaste tiempo y funciones, y nunca dejan de dar su señal, cumpliendo el deseo de su Creador con regocijo y alegría. Él es el verdadero Creador que actúa fielmente y le ha ordenado a la Luna que se renueve. Es una hermosa corona para el pueblo, llevada por Dios desde el nacimiento de Israel, quien también se renovará en el futuro para proclamar la belleza de su Creador para su gloriosa majestad. Bendito seas Tú, Señor, que renuevas las Lunas Nuevas.”

Y cuando se preguntan los sabios cuál es la relación entre “Kidush Levaná”, el recibimiento de la Luna Nueva y la recepción de la “Shejiná”, la respuesta es que esta costumbre se desarrolló durante el Exilio del pueblo de Israel, cuando no era posible ascender a Jerusalem en las Fiestas de Peregrinación (“Sukot” (“Cabañas” o “Tabernáculos”; “Pésaj” (“La Pascua”) y “Shavuot”, (“Las Semanas” o “Pentecostés”), cuando la Casa de Santidad (el Templo de Jerusalem) no estaba en pie. Entonces, al observar la Luna Nueva en su renovación, los hebreos podían recordar la promesa de Dios de que ellos también serían renovados y volverían a experimentar el privilegio de ascender a la Casa de Santidad y gozar de la presencia de la “Shejiná”.

Igualmente sorprenderá a cualquier estudiante consultar una Concordancia completa de la Biblia para constatar las numerosas veces que la Luna y el Sol aparecen en las Sagradas Escrituras.

En cuanto a las lumbreras o luminarias, parece como si el texto tratara de eludir nombrarlas como Sol y Luna, y en su lugar emplea epítetos alusivos a su tamaño o intensidad, y por eso las denomina “lunbrera o luminaria mayor” y “lunbrera o luminaria menor”. Muchos sabios antiguos se inclina a pensar que Moisés emplea estos epítetos para evitar darles nombres que pudieran confundirlas con deidades autónomas.

2ª Reyes 23:5: “Y quitó (el rey Josías) a los sacerdotes idólatras que habían puesto los reyes de Judá para que quemasen incienso en los lugares altos de las ciudades de Judá, en los alrededores de Jerusalem; y asimismo a los que quemaban incienso a Baal, al sol y a la luna, y a los signos del zodiaco, y a todo el ejército de los cielos.”

En cuanto a la creación de las estrellas, en el versículo 16, el término hebreo “cocavim” hace referencia a cuerpos celestes distintos del Sol y de la Luna. Sobre la base de esta palabra es posible hacer una distinción entre los planetas y las denominadas “estrellas fijas”. La referencia aquí a las estrellas es incidental, casi parentética, para completar la descripción de la ubicación de las luminarias o lumbreras.

“Ella es mi dicha y mi alegría en el dolor,

mientras el parloteo de los pensamientos

obstruye mi propósito.”

(Ibn Gabirol).

EL DÍA QUINTO.

¿Cuáles fueron las obras de Dios en el Quinto Día?

Génesis 1:20-23: “Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno. Y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra. Y fue la tarde y la mañana el día quinto.”

El término hebreo “néfesh” es una voz polivalente, según los sabios antiguos, como es el caso del cordobés Maimónides (1135-1204 d.C.), quien lo afirma en su obra “Guía de Perplejos”, 1ª Parte, cap. 41, y puede significar el alma animal común a todo ser vivientes, a toda criatura que respira y siente.

Sorprendentemente para muchos, “néfesh” tiene también el sentido de “sangre”, como elemento portador de la vida, y así hallamos este término en Deuteronomio 12:23:

“Solamente que te mantengas firme en no comer sangre (“HaDam”); porque la sangre (“HaDam”) es la vida (“HaNéfesh”), y no comerás la vida (“HaNéfesh”) juntamente con su carne (“basha”).”

El sentido de la “sangre” como sinónimo de “vida” tiene también un plano fenomenológico, por cuanto cuando sale la sangre del cuerpo, sale la vida, del mismo modo que cuando sale el último aliento también sale la vida.

“Néfesh” tiene también el valor de “alma racional”, es decir, la forma del hombre, tal como se dice en el libro del profeta Jeremías 38:16:

“Y juró el rey Sedequías en secreto a Jeremías, diciendo: Vive YHVH que nos hizo esta alma (“Néfesh”), que no te mataré, ni te entregaré en mano de estos varones que buscan tu vida (“Néfesh”).

La expresión, pues, “que nos hizo esta alma” sería nuestra equivalencia “que nos dio la vida, el ser”. Esto demuestra que el sentir general de las Sagradas Escrituras jamás separan las fuerzas vitales que constituyen la vida humana en la totalidad de su dimensión.

La separación del hombre en cuerpo y alma como entidades separables e independientes jamás se da en la Biblia, por cuanto es una idea absolutamente extraña al pensamiento hebreo bíblico. Para que se dé semejante separación habrá que esperar a la nefasta invasión del pensamiento neoplatónico en la iglesia cristiana, la cual ha abierto la puerta a la penetración y extensión del espiritismo seguido tanto por sus practicantes como por millones de cristianos que lo asumen inconscientemente al haber caído en el engaño de creer en la inmortalidad del alma.

Mientras perdure el hálito de vida (“rúaj”) que Dios ha insuflado en el hombre, durará la existencia de su “néfesh”, es decir, la totalidad armoniosa del ser humano.

En este texto podemos ver con toda claridad que los miembros del reino animal también son denominados con la voz “néfesh hayiá”, es decir, “criatura viviente”, “ser que respira”. Cuando lleguemos a la creación del hombre -varón y mujer- en el sexto día veremos que el mensaje será la lucha que el ser humano deberá emprender para elevar su ser del “néfesh hayiá”, “criatura viviente”, común con todo el reino animal, para alcanzar un significado trascendente en su vida.

En cuanto a la creación de los seres de las aguas, las aguas de los océanos contienen todos los elementos minerales que Dios utilizó para dar origen a todas las primeras formas de vida animal, los peces y las aves. La voz hebrea “of” suele traducirse por “aves”, pero aquí se refiere a cualquier animal capaz de volar.

Al relatar la creación de los “grandes monstruos marinos”, aparece la voz “taninim”, plural de “tanín”. Todos los eruditos están de acuerdo en que la traducción resulta muy difícil. Pudiera corresponder a “grandes reptiles” o “grandes serpientes”. Esta voz vuelve a aparecer en Éxodo 7:8-12:

“Habló YHVH a Moisés y a Aarón, diciendo: Si Faraón os respondiere diciendo: Mostrad milagro; dirás a Aarón: Toma tu vara, y échala delante de Faraón, para que se haga culebra (“tanín”). Vinieron, pues, Moisés y Aarón a Faraón, e hicieron como YHVH lo había mandado. Y echó Aarón su vara delante de Faraón y de sus siervos, y se hizo culebra (“tanín”). Entonces llamó también Faraón sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; pues echó cada uno su vara, las cuales se volvieron culebras (“taninim”); mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos.”

Según muchos lingüistas es posible que el hebreo “tanín” esté relacionado con el cananeo “tanit” o “tinit”, cuyo significado es “serpiente”, curiosamente un apodo popular para referirse a la diosa “Astarté”, representada entre serpientes. Pudiera ser el nombre con el que se denominó después a algunos monstruos mitológicos, divinidades marinas o fuerzas primordiales de la naturaleza acuática. Esto pudiera deducirse de Isaías 51:9-12:

“Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de YHVH; despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados. ¿No eres tú el que cortó a Rahab, y el que hirió al dragón (“tanín”)? ¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo; el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos? Ciertamente volverán los redimidos de YHVH; volverán a Sión cantando; y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán. Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo del hombre, que es como heno?”

Es imposible concluir si se trata de animales reales o quiméricos; o bien si la voz en cuestión corresponde a animales reales, cuyos apelativos fueron después empleados para referirse a seres quiméricos, e incluso que pudiera ser a la inversa. De ahí que en las Biblias occidentales se vierta este término por “grandes monstruos marinos”, “ballenas”, “cetáceos”, “dragones”, etc.

En el Salmo 104 y en Isaías 27:1 se describe uno de estos monstruos con el nombre de “Leviatán”:

Salmo 104:24-26: “¿Cuán innumerables son tus obras, oh YHVH! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios. He allí el grande y anchuroso mar, en donde se mueven seres innumerables, seres pequeños y grandes. Allí andan las naves; allí este leviatán que hiciste para que jugase en él.”

Isaías 27:1: “En aquel día YHVH castigará con su espada dura, grande y fuerte al leviatán, serpiente veloz, y al leviatán, serpiente tortuosa, y matará al dragón que está en el mar.”

Evidentemente, tenemos aquí material para nuestro esfuerzo en desmitologizar determinados pasajes escriturales, como es el caso que nos ocupa, en el que hallamos restos de mitos cosmogónicos babilonios, egipcios y cananeos. Hay también quienes se inclinan por pensar que la inclusión de estos seres mitológicos en el texto bíblico, especialmente en la poesía, tiene por propósito, al afirmar que fueron creados por Dios junto a las demás criaturas dentro del orden creacional, enfatizar su condición subordinada y evitar su uso en las prácticas idolátricas.

El mito cosmogónico, del griego “kosmogonía” o “kosmogenía”, derivado de “kosmos”, “orden”, “belleza”, “mundo”, y la raíz “gínomai”, “gégona”, “nacer”, es toda narración mítica que pretende dar respuesta al origen del Universo y de la propia humanidad.

El “mito”, del griego “mythos”, significa “palabra” en el sentido de “historia”, “relato”. El problema en el uso de este término radica en que este concepto tiene un sentido diferente para el vulgo, para el filólogo, el antropólogo y el creyente. Y como algunos han dicho, la función primordial del mito es consagrar la ambigüedad, la paradoja e incluso la contradicción.

El “mito” no es sino una alternativa de explicación frente al mundo que recurre a la metáfora como herramienta creativa. Entonces los relatos se adaptan y se transforman de acuerdo a quien los cuenta y el contexto en el que son transmitidos. Por eso es que los mitos no son dogmáticos e inmutables, sino que son fluidos e interpretables.

Esta es una de las características fundamentales de las Sagradas Escrituras, junto con su reconocida traducibilidad. Por eso no hay dogmatismos e intransigencias en la cristiandad, mientras ésta se mantiene centrada en las Escrituras. El dogmatismo, la intransigencia y la fijación de artículos de fe a los que habrán de someterse los creyentes, es algo que sólo se dará en la medida en que la iglesia se constituye en institución que se atribuye el derecho en exclusiva de la interpretación de los textos sagrados. En definitiva, eso acontece en la medida en que la cristiandad va distanciándose de sus raíces hebreas.

El mito es siempre el relato compuesto por acciones simbólicas que transmitieron las generaciones de nuestros antepasados para ofrecer respuestas sobre el origen del Universo y del hombre. Los mitos de las distintas culturas ofrecen una visión integradora del mundo al facilitar su percepción de los fenómenos que les parecieron extraños o difíciles de explicar y que pasaron a formar parte de una conciencia colectiva para proporcionar seguridad psicológica y psicoafectiva.

Frente a la opinión vulgar basada en el desconocimiento, nosotros creemos poder afirmar sin temor a errar que sin los mitos jamás se hubiera podido formar una identidad absolutamente imprescindible para la vida en comunidad. No ha habido ninguna clave tan eficaz para la transmisión de los elementos socioculturales imprescindibles para la convivencia como el mito.

Cuando analizamos el comienzo de las Sagradas Escrituras desde esta perspectiva, comprendemos que el mensaje que se nos quiere transmitir es el principio de la Creación sin partir de la nada, sino de Dios. Ante la realidad de un caos, que de momento no se explica cuál fue su causa, comienza un proceso de separación de los diversos componentes, partiendo de un desorden que se transformará en “kosmos”, “orden”, “belleza”, “mundo” por la Palabra de Dios. Ese proceso de separación comienza por la separación de la Tierra de los cielos, la tierra de las aguas, la luz de la oscuridad.

Para los místicos, según el relato de la Creación en Génesis, ésta está articulada en torno a la separación de categorías: La idea del mal estará siempre asociada con lo que cruzca, rompa o se oponga al límite de dichas categorías; a la falta de formas, y desde esa óptica el mal afectará siempre a la unidad del “kosmos”.

De ahí se desprenderán después las necesidades éticas para la preservación del hombre y de la humanidad. Desde esa perspectiva podemos ver la necesidad y el sentido universal del Decálogo.

El paleontólogo, teólogo y sacerdote jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), cuyas obras fueron retiradas de los círculos católicos por orden expresa del Vaticano, como era de esperar, propuso una reconciliación entre el punto de vista de muchos científicos y la visión cristiana, interpretando la génesis humana como una transformación organizada de la materia a través del tiempo, desde niveles simples, como los átomos, hasta niveles mucho más complejos, como la propia especie humana.

Sin embargo, para Chardin el hombre no era la culminación de la evolución, sino como un paso intermedio hacia lo que él denominaba el “Punto Omega” de unidad final con el Dios preexistente. (Teilhard de Chardin, “El Fenómeno Humano”, Taurus Ediciones, S.A., Madrid, España, 1986).

1ª Juan 3:2: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es.”

“¿Puede un hombre inocente alabarla?

Y ¿quién podría negar su belleza perfecta?”

(Ibn Gabirol).

EL DÍA SEXTO.

Llegamos a la cumbre de la Creación con la formación del hombre: Génesis 1:24-31:

“Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno. Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. He aquí os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.”

El uso del plural “hagamos... a nuestra imagen y conforme a nuestra semejanza” ha sido desde tiempos antiguos origen de una gran polémica, ya que podría estar sugiriendo más de una fuerza divina creadora, y de ese modo estaría cuestionando la Unidad Divina del Dios Creador.

Para los Padres de la Iglesia, este plural es una manera de referirse a la Trinidad Divina. Para otros, este plural mayestático es una fórmula habitual por parte de los monarcas y otros altos dirigentes para dirigirse a los pueblos en sus decretos, edictos y proclamas. Sin embargo, esta teoría ha de descartarse por cuanto semejante fórmula se puso en boga solamente a partir de las monarquías europeas durante la época del feudalismo, y su uso no ha sido corroborado entre los monarcas del Cercano Oriente.

Para los sabios antiguos de Israel y los comentaristas talmúdicos, este plural indica que el Señor comunicó a los “ángeles administradores” o “ángeles de servicio” (hebreo “Malajéi Ha-Sharet”) su intención de crear al hombre. Estos ángeles, ministros del Dios Altísimo, son los denominados también “ángeles de la paz”, mencionados en la liturgia hebrea de la bienvenida del Shabat, como aparecen en la plegaria de bendición que conocemos como “Shalom Alejem”, y que el pueblo de Israel entona a la mesa cada día Viernes por la noche:

“Shalom alejem malajei ha-shalom malajei Elyon, mimelej maljei ham'lajim ha-kadosh baruj hu.”

“Paz a vosotros, ángeles ministradores, ángeles del Altísimo; del Rey de reyes, el Santo, bendito sea Él.”

“Bo-ajem l'shalom malajei ha-shalom malajei Elyon, mimelej malajei ham'lajim ha-kadosh baruj hu.”

“Venid en paz, ángeles de la paz, ángeles del Altísimo; del Rey de reyes, el Santo, bendito sea Él.”

“Barjuní l'shalom malajei ha-shalom malajei Elyon, mimelej malajei ham'lajim ha-kadosh baruj hu.”

“Bendecidme con paz, ángeles de la paz, ángeles del Altísimo, del Rey de reyes, el Santo, bendito sea Él.”

“Tzeitjem l'shalom malajei ha-shalom malajei Elyon, mimelej malajei ham'lajim ha-kadosh baruj hu.”

“Proseguid en paz, ángeles de la paz, ángeles del Altísimo, del Rey de reyes, el Santo, bendito sea Él.”

La pregunta de a quién se dirige el Dios Eterno cuando manifiesta su intención de crear al ser humano (“naasé adam”, “hagamos al hombre”) viene también de antiguo. Los místicos afirmarán que Dios se dirige a su propia soledad, a pesar de la compañía de millones de ángeles. Esta supuesta consulta de Dios ante la creación del hombre presenta un nivel de asimetría respecto a las otras acciones creadoras de Dios en este gloriosa semana, todas ellas expresadas en el singular.

Ahora bien, la voz “adam” puede traducirse de varias maneras: “hombre”, “ser humano”, y como nombre propio de una persona: “Adam”. Su uso es abundante en el curso de los primeros cinco capítulos del libro del Génesis. No resulta fácil saber cómo traducirlo en cada una de las ocasiones en que aparece en el texto bíblico. Hemos de considerar siempre cuidadosamente el contexto y las circunstancias en que lo hallamos.

Los sabios antiguos han discutido esto en profundidad. Por ejemplo, Abraham ben Meir ibn Ezra, conocido simplemente por Ibn Ezra (nacido en Tudela, Taifa de Zaragoza, en

1092 d.C., y fallecido en Calahorra, Reino de Castilla, en 1167 d.C.), propuso que “Adam” era una designación del género humano y no de un nombre propio cada vez que aparece precedido por “ha”, es decir, por el artículo definido.

Según la Mishná, en el Tratado Sanedrín 4:5, se dan varias razones por las que Dios escogió crear un único hombre primordial: Primeramente, para enseñarnos que quien destruye a un hombre es como hubiera destruido a toda la humanidad; por lo cual igualmente podemos afirmar que quien salva la vida de un hombre, salva a toda la humanidad. En segundo lugar, por el bien de la paz entre todos los seres humanos, de manera que nadie puede decir a otro hombre que su padre fue más grande o más digno que el suyo; en tercer lugar, para que nadie pueda pensar en la existencia de varios dioses; y en cuarto lugar, para destacar la grandeza del Dios Santo y Eterno, Uno, Único, Incomparable e Inimaginable. De modo que el Eterno acuñó a los seres humanos con su sello, el mismo con el que creó a Adam, y, sin embargo, ninguno resulta ser idéntico a su semejante.

El lugar de la creación del ser humano demuestra la dignidad con la que Dios le dota, un signo de honor manifiesto en el lugar de privilegio en que el Señor le ubica. La voz “irdú”, en su doble acepción, “dominar” y “descender”, fue entendida por los antiguos comentaristas hebreos como una propuesta dual para el futuro del hombre sobre la tierra: Si los humanos cumplen los mandamientos divinos, dominarán a los animales; pero si los transgreden serán dominados por las bestias.

Desde el mismo momento de su creación, el ser humano recibe, además de la capacidad para llevarlo a cabo, el imperativo de explorar la Tierra y desarrollar sus recursos naturales que encierra dentro de sí.

“Betsalmenu kidmutenu”, “a nuestra imagen, como a nuestra semejanza”, son dos conceptos que presentan en sí mismos dos dificultades grandes. En cuanto al plural, ya hemos visto que no podemos contextualmente considerarlo un estilo mayestático. Lo hallamos también en Génesis 11:7:

“Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.”

El vocablo hebreo “tselem”, “imagen”, tiene su raíz, desde el punto de vista lingüístico, en el vocablo acadio “tsalam”, un idioma emparentado con el hebreo, hablado en Babilonia desde unos tres mil años antes de Cristo, y conservado hasta comienzos de la era cristiana, cuando casi desapareció hasta extinguirse. Su escritura cuneiforme, grabada con una cuña, de ahí su nombre, en barro fresco, y después endurecido al sol o mediante cocción, fue descubierta en grandes cantidades de tablillas en las excavaciones arqueológicas realizadas en los siglos XIX y XX, transmitiéndonos mucha información, como es el caso del Código de Hammurabi, redactado hacia el año 1760 a.C., y el gran poema de Gilgamesh, probablemente el documento escrito más antiguo del mundo, que conocemos hasta el presente, procedente de veintisiete siglos antes de nuestra era. En esos textos aparece frecuentemente la voz “salmu” en el sentido de “estatua”, “ídolo” o representación de alguna deidad. Es voz relacionada con el vocablo “salamu”, que es “oscurecer”, por su sentido etimológico de “sombras” como imágenes oscuras que son proyectadas sobre el suelo o las paredes.

“Tselem” aparece frecuentemente en las Escrituras hebreas como voz peyorativa para referirse a un “ídolo”, y en el Salmo 39:6 la hallamos haciendo referencia a la fragilidad y brevedad de la vida del hombre:

“Ciertamente como una sombra (‘tselem’) es el hombre; ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá.”

Curiosamente, el vocablo “l’tsaalem” es el verbo “fotografiar” en hebreo moderno, y la voz “matslemá” es “cámara fotográfica”.

El sentido de “tselem” es el de “imagen” para referirse a la sombra de una persona. Para los comentaristas hebreos de la antigüedad, el sentido positivo de esta “imagen” tiene su raíz en la capacidad de raciocinio con que el humano piensa. De ahí que algunos hayan traducido “betsalmenu”, “a nuestra imagen”, como “nuestra idea”, “nuestro pensamiento”. Este sería el sentido de la capacidad dada por Dios al hombre para marcar la diferencia entre la creación del reino animal y la creación de la humanidad, quienes, si bien pertenecemos biológicamente al reino animal y ocupamos un lugar en la escala zoológica, somos los seres capacitados para alcanzar trascendencia y elevarnos por encima del mundo de la materia inerte y de las bestias. Esta capacidad de comprender y discernir, de raciocinio, de libre albedrío sería la primordial manifestación del amor de Dios hacia el hombre, objeto de su providencia y cuidado permanente.

Comprende, pues, “tselem” la fuerza con que Dios ha dotado al ser humano para dominar, sojuzgar, administrar, regir y poner al servicio del desarrollo de la naturaleza todas esas capacidades que se derivan de ser “imagen y semejanza divina”. De manera que de la misma forma en que Dios rige la vida y la naturaleza en su infinita dimensión, el hombre puede y debe imitar a Dios, en nuestras finitas dimensiones, para usufructuar las bendiciones de la Tierra, de la cual procede nuestro cuerpo, y hallar en ella todo cuanto necesitamos para sobrevivir.

Este pensamiento subyace en toda la literatura hebrea post-bíblica, como es el caso del Talmud, el Midrash y la totalidad de la interpretación bíblica. Evidentemente, la “apariencia” no es “similitud”. El hebreo “apariencia” para el hombre es la voz “demut”, sustantivo que proviene de “damá”, que denota “aspecto interior”, como se desprende del texto del Salmo 102:6:

“Soy semejante al pelícano del desierto; soy como el búho de las soledades.”

El Salmista, evidentemente, no quiere decir que se parezca al pelícano ni al búho, en el sentido de tener plumas y alas y poder volar, sino que hace referencia al sufrimiento del pelícano que busca agua en el desierto, y con dificultad la halla, y a la soledad en que se encuentra y que se asemeja a la del búho en la oscuridad de la noche.

Salmo 90:1-2: “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que naciesen los montes, y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.”

Los seres humanos somos amados por Dios por cuanto fuimos creados por Él a su imagen (“betselem”). De ese modo se nos capacita para concebir toda la Creación y desarrollar ideas concretas y conceptos abstractos. Por otra parte, haber sido creados “a imagen de Dios” sería perfectamente traducible por haber sido creados “con la imagen de Dios”:

Salmo 8:3-8: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar.”

Así podemos aproximarnos más al sentido de los textos neotestamentarios en los que nuestro Señor Jesucristo es aquel que encarna la imagen divina:

2ª Corintios 4:3-4: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.”

Filipenses 2:5-11: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre (el original griego dice “el Nombre”) que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Colosenses 1:15: “Él (Jesucristo) es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.”

Aquí es muy importante tener en consideración que el original griego no emplea la voz “protoktistos”, que sería “primogénito” en el sentido de ser “el primer creado”, sino, antes bien, el vocablo “protokos”, “primogénito” en el sentido de “heredero”, “patrón”, “primero en rango”.

La revelación bíblica del hombre creado a la imagen de Dios es algo insólito frente a las enseñanzas antiguas que afirmaban que solamente los reyes eran modelados en conformidad a la imagen de las divinidades. En el contexto mesopotámico, que es el más próximo a nuestro contexto escritural, los monarcas eran presentados como la imagen de “Enlil”, deidad de la mitología sumeria, dios del cielo, del viento, de las tempestades, adorado por otros pueblos mesopotámicos, como los acadios, babilonios, cananeos y asirios, cuyo significado es “En”, “Señor”, y “Lil”, “tormenta”, “viento” .

Los reyes son asociados a la imagen de “Bel”, del acadio “Belu”, literalmente “Señor” o “Amo”, más un título que un nombre personal. En las lenguas semíticas noroccidentales su equivalente es “Baal”, cuya forma femenina es “Belit” o “Beltu”, “Señora” o “Dueña”. En la religión mesopotámica se aplicó este nombre a varias deidades. Los autores griegos lo transliteraron por “Belos”, incorporándolo a su mitología, de donde pasó al latín con el nombre de “Belus”.

También se asoció a los monarcas a la imagen de “Marduk” o la imagen de “Shamash”. “Marduk” es el acadio “Amar.Utu”. Aparece en las Sagradas Escrituras como “Evilmerodac” en Jeremías 52:31:

“Y sucedió que en el año treinta y siete del cautiverio de Joaquín rey de Judá, en el mes duodécimo, a los veinticinco días del mes, Evil-merodac rey de Babilonia, en el año primero de su reinado, alzó la cabeza de Joaquín rey de Judá y lo sacó de la cárcel.”

Marduk fue el dios patrón de la ciudad de Babilonia, cuando esta urbe se convirtió en el centro político de los estados unificados del Valle del Éufrates, en los tiempos de Hammurabi (siglo XVII a.C.), y fue alzado como cabeza de los dioses del panteón babilónico.

La asociación de los reyes a la deidad conocida como “Shamash”, “Utu” para los sumerios y “Tammuz” para los babilonios, se relaciona con el Sol. Su principal santuario se encontraba en la ciudad de Sippar, en la Baja Mesopotamia, junto a la orilla oriental del Río Éufrates, al noroeste de Babilonia, actualmente el país de Irak.

En Egipto, los faraones eran igualmente concebidos a imagen de los dioses, como es el caso de “Tut Anj Amen”, conocido entre nosotros por “Tutankamon”, perteneciente a la XVIII dinastía (c. 1372 a.C. - c. 1354 a.C.), cuyo significado es “la imagen viva de Amén o Amón”. Llevó su nombre en honor del dios solar “Atón”.

Al faraón Tutmosis IV, octavo faraón de la dinastía XVIII de Egipto, quien reinó entre los años c. 1400 a.C. y c. 1391 a.C., se le describe como “la imagen de Re o Ra”, “gran dios” solar de la mitología egipcia. Y para no hacer una relación demasiado extensa, concluiremos recordando que los griegos denominaban “Isotheos” a sus héroes y reyes, lo que significa “iguales a un dios”.

Si somos observadores comprobaremos que esta tendencia a la divinización de los monarcas ha llegado hasta nuestros días, cuando muchos de los pocos que quedan recurren a la designación de serlo “por la gracia de Dios”. Donde los sistemas monárquicos despóticos han dado paso a sistemas secularizados, éstos han caído en muchos casos en la divinización del estado mediante la singularidad del partido político revolucionario que ha puesto fin al monarquismo.

Algunos han pensado que el “Elohim tselem” bíblico pudiera ser una adaptación hebrea del sentido babilónico de la “imagen”. Sin embargo, tal pensamiento carece de fundamento por cuanto mientras que en los antecedentes babilónicos solamente el monarca podía ser considerado “salmu” de un dios, en las Sagradas Escrituras cada ser humano es creado a imagen y semejanza del Dios Viviente, con lo que las castas dejan de tener lugar entre los humanos a la luz de la revelación bíblica al respecto.

Por consiguiente, lo que se nos dice en los versículos 26 y 27 de este capítulo primero de Génesis, y su repetición en 9:6 (“el que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre”), demuestra la oposición divina a los antiguos conceptos mesopotámicos y posteriormente egipcios de que solo los monarcas eran imagen divina. Por el contrario, la revelación de Génesis afirma que todos los hombres somos creados a imagen y semejanza del Dios único, Creador y Sustentador del Universo.

Así quedan descartadas las pretensiones por parte de algunos de pertenecer a una casta, clase o dignidad biológica, racial o cualesquiera otra división o adscripción en base a superioridad o preeminencia sobre los demás.

Afirmaba el teólogo reformado Karl Barth (1886-1968), considerado uno de los más destacados pensadores cristianos del siglo XX, que “la imagen no constituye algo que el

hombre es o hace, sino que consiste en el hecho de que el ser humano en sí y como tal es creación de Dios, por lo que no será hombre donde no sea imagen de Dios. El humano es la imagen de Dios en la medida en que es hombre. Hemos sido creados por Dios no como la “copia” de un ser que tiene imagen, sino como representación de Dios en la Tierra.”

Somos lugartenientes de Dios en este mundo, lo que no alude a ser meramente “imagen” sino a la función que nos ha sido asignada. La principal labor de la “imagen” no es describir, sino expresar. De ahí proviene el sentido de la santidad que Dios pone delante del hombre. Después, en el Éxodo, hallaremos la prohibición que Dios introduce frente a la tendencia humana a la idolatría, la construcción de imágenes esculpidas, que fácilmente pueden ocupar el lugar del Señor que es Espíritu y Verdad, desviándonos hacia la obra de un “dios” hecho a nuestra imagen y semejanza.

En el texto del versículo 27, en el que se nos dice que “creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”, muchos han visto que el primer ser humano fue creado andrógino, es decir, hermafrodita, constituido tanto por aspectos masculinos como femeninos, encargándose después el propio Dios de proceder a la separación del hombre original en dos entidades diferenciadas: varón y varona.

Respecto a la dieta que Dios impone al hombre, parecería que ésta fue originalmente vegetariana. Su relación con Génesis 9:1-4 es notoria, donde se le permite al hombre comer carne, por cuanto la Tierra que había estado anegada por las aguas durante cuarenta días y cuarenta noches, no permitía comer vegetales, legumbres y frutas, hasta después de que ésta volviera a ser cultivada por el hombre:

“Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados. Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento; así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo. Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis.”

Los seis días de la reordenación de la Tierra pueden sintetizarse de la siguiente manera:

Día uno: La Luz.

Día segundo: Cielo, separación de las aguas terrestres de las superiores.

Día tercero: La tierra seca, la vegetación y la forma inferior de la vida orgánica.

Día cuarto: Las Lumbreras o Luminarias.

Día quinto: Los peces y las aves.

Día sexto: Las criaturas terrestres, la forma superior de la vida orgánica y el ser humano.

Al culminar los primeros tres días, la Tierra produce vida vegetal; cuando finaliza la segunda serie de actos creadores, la Tierra produce vida animal y humana. Sin la primera resultaría completamente imposible la segunda. Es evidente que cada uno de los

actos creadores de Dios en los primeros tres días capacita lo que va a suceder en cada uno de los tres días siguientes.

El hombre es llamado “Adam”, voz derivada del sustantivo “adamá”, que es la “tierra o arcilla roja”, y representa al ser humano en su totalidad, sin ninguna de las distinciones que después se producirán entre los hombres, por cuanto el propósito de Dios es que esa humanidad se manifestará como reflejo de la Unidad Divina. Esa meta de Dios está vinculada a la esperanza mesiánica, como se desprende del texto del profeta Zacarías 14:9:

“Y YHVH será Rey sobre toda la Tierra. En aquel día YHVH será Uno, y Uno su Nombre.”

Al decirnos el texto de Génesis que Dios creó al hombre macho y hembra, varón y varona, se establece la absoluta igualdad entre ambos géneros. Más adelante, en el capítulo 2 de Génesis, que va más allá del propósito de este trabajo, el autor entra en detalles que mostrarán las relaciones entre el hombre y la mujer como seres autónomos e interdependientes.

Las instrucciones que Dios tiene para el ser humano están precedidas por la bendición. En esta etapa de la Creación, Dios no declara que “vio que era bueno”, como en los casos anteriores, sino que ante este acto creador el Dios Eterno declara que “era bueno en gran manera”. (Génesis 1:31). La Creación ha sido restaurada y todo está puesto en marcha para su desarrollo en el cumplimiento de la voluntad divina.

La bendición de Dios es para que los humanos crezcan y se multipliquen en la realización de la función encargada por el Señor en una combinación de la actividad física y la espiritual, más allá de convertir al hombre en una mera entidad reproductora. El encargo de llenar la Tierra y sojuzgarla implica la capacidad responsable de explotar y desarrollar los recursos naturales del planeta. Este imperativo divino para el hombre será parte del juicio de Dios sobre la obediencia o la desobediencia de los humanos.

Ahora bien, volviendo a la creación del hombre, hemos de pasar a estudiar los primeros versículos del texto del capítulo segundo de Génesis. Muchos se han preguntado en el curso de los siglos por la razón de que se nos den dos relatos de la Creación en Génesis. Algunos han considerado que los dos relatos son contradictorios, mientras que otros pensamos que ambos relatos son complementarios.

Quienes nos inclinamos por lo segundo, creemos que la semana de la reordenación de la Tierra, que había llegado a estar “desordenada y vacía”, está bosquejada en el capítulo primero de Génesis, concluyendo en Génesis 2:4. De manera que el primer capítulo de Génesis se refiere a la cronología de la reordenación de la Tierra, mientras que en el capítulo segundo de Génesis se nos relata una ampliación de la creación de los seres humanos y de su hogar en Edén.

Podríamos decir que en el primer capítulo de Génesis se introduce la universalidad de la Creación, mientras que en el capítulo segundo de Génesis se nos proporcionan las primeras experiencias de los hombres, relatadas en el curso del libro. Algunos han afirmado incluso que los primeros seis capítulos de Génesis representan todo el contenido del mensaje fundamental de las Sagradas Escrituras, el cual se irá desarrollando en forma de historia, epopeya, épica, profecía, poesía, literatura sapiencial y otros diversos géneros y subgéneros literarios.

Génesis 2:4-7: “Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que YHVH Dios hizo la tierra y los cielos, y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque YHVH Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra, sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra. Entonces YHVH Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.”

Aparece aquí por primera vez en las Sagradas Escrituras el Nombre de “Elohim” con “YHVH”. Siempre llamó la atención a los intérpretes de la Biblia que aparecieran los dos “Shemot”, los dos Nombres, juntos. Para los sabios antiguos de Israel, YHVH es la voz que denota “Midat Harahamim”, es decir, el atributo de la misericordia divina, mientras que “Elohim” denota “Midat Hadín”, es decir, el atributo de la justicia divina.

Nuestra versión bíblica traduce el hebreo “séfer haiyá” por “ser viviente”. Aquí es menester aclarar el hecho de que la voz “néfesh” tiene su raíz etimológica en “garganta” por su íntima relación con el acto de la respiración. De ahí que en varias ocasiones se traduzca por su contexto por “boca”:

Isaías 5:14: “Por eso ensanchó su interior el Seol, y sin medida extendió su boca (“néfesh”), y allá descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto, y el que en él se regocijaba.”

También es de interés consultar el texto del Salmo 107, donde el “alma menesterosa” y el “alma hambrienta” reciben la descripción de “garganta seca” y de “estómago vacío”, respectivamente, que necesitan ser saciados:

Salmo 107:8-9: “Alaben la misericordia de YHVH, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque sacia al alma (“néfesh”) menesterosa, y llena de bien al alma (“néfesh”) hambrienta.”

Las necesidades del alma de agua y de alimento se extienden más allá para comprender los deseos, anhelos y emociones. Por eso es que en las Sagradas Escrituras el alma designa a toda la persona, mostrando todas sus necesidades, tanto físicas como espirituales, con lo que se destaca el hecho incuestionable de que el ser humano es una criatura emocional. De ahí también se desprende el sentido de “néfesh” como “deseo” y “voluntad”, como aparece en el Salmo 27:12:

“No me entregues a la voluntad (“néfesh”) de mis enemigos, porque se han levantado contra mí testigos falsos, y los que respiran (“nefesh”) crueldad.”

De modo que “alma” no designa una parte del ser humano, independiente del cuerpo, sino la totalidad de la persona como “ser viviente”, como un “ser que respira”:

Génesis 2:7: “Entonces YHVH Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente (“néfesh haiyá”, un “alma que respira”).”

Por consiguiente, decir “alma” es como decir “persona” o “ser vivo”, “alma que respira”. Así podemos comprender las palabras del Señor al profeta Ezequiel, donde queda expuesto que el “alma” no es inmortal, sino que existe mientras respira, de manera que el óbito es el acto por el que el aliento, el “alma”, se desvanece. Esa

disolución es la muerte del alma, es decir, la muerte del hombre, no de una parte de éste:

Ezequiel 18:4, 20: “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá... El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre; ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.”

Así lo expresa igualmente la palabra apostólica en Romanos 6:23:

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”

“Responde, ¡Oh Dios!, apresúrate,

pues tu hija está enferma de amor.”

(Ibn Gabirol).

¿DÓNDE ESTÁN LOS MUERTOS?

Al acometer el estudio de la semana de la Creación, y muy particularmente en lo que se refiere a la creación del ser humano, no hemos por menos que considerar la cuestión del alma humana y la realidad de la muerte del hombre, la cual suscita tantas preguntas entre los cristianos.

Partiendo de la realidad incuestionable de que el hombre es criatura, es decir, ser creado, y a la pregunta de dónde están los muertos, por cuanto todo lo creado he de tener principio y fin, nosotros no respondemos con la filosofía neoplatónica que tan pronto penetró en la iglesia cristiana, sino con las Sagradas Escrituras, procurando siempre hablar donde la Biblia habla, y callar donde ésta calla:

Salmo 30:9: “¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad?”

Hechos 2:29, 34: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy... Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”

El “sepulcro” como “lugar de los muertos” se denomina “Sheol” en las Escrituras hebreas del Antiguo Testamento, hasta 65 veces:

Salmo 16:10: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción”.

Y en las Escrituras griegas del Nuevo Testamento se denomina “Hades”, hasta 11 veces, como se cita en Hechos 2:27:

“Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.”

¿Qué sucede entonces con los pensamientos de los difuntos?

¿Qué saben, qué conocen, qué piensan, qué sucede con sus emociones, o con sus pensamientos en torno a sus familias?

Dejemos de escuchar a la filosofía neoplatónica que corrompió al cristianismo institucionalizado hasta nuestros días, y prestemos atención a las Sagradas Escrituras:

Salmo 146:3-4: “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos.”

Eclesiastés 9:5-6: “Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol. Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegría de corazón; porque tus obras ya son agradables a Dios. En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte unguento sobre tu cabeza. Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol. Todo lo que te viniera a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.”

Salmo 88:10-12: “¿Manifestarás tus maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro tu misericordia o tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas tus maravillas y tu justicia en la tierra del olvido?

Es más que evidente que las respuestas a estas preguntas son un claro y rotundo “no”.

Aquí conviene traducir la voz “abadón” para aclarar el sentido de este texto: Del verbo “abad”, “perecer”, “destruir”, “perderse sin posibilidad de recuperación”, “no tener forma de huir”. Proviene del caldeo “ebad”, “deshacer”. En forma substantivada, “ebedá” es sinónimo de “pérdida”, y en sentido abstracto “destrucción”, “aniquilación”. Veamos algunos textos donde aparece este vocablo en sus distintas formas:

Éxodo 10:7: “Entonces los siervos de Faraón le dijeron: ¿Hasta cuándo será este hombre (Moisés) un lazo para nosotros? Deja ir a estos hombres, para que sirvan a YHVH su Dios. ¿Acaso no sabes todavía que Egipto está ya destruido?

Levítico 23:28-30: “Ningún trabajo haréis en este día (el Día de Expiación), porque es día de expiación, para reconciliaros delante de YHVH vuestro Dios. Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo. Y cualquiera persona que hiciere trabajo alguno en este día, yo destruiré a la tal persona de entre su pueblo.” (Ver también Números 24:19; 33:52; Deuteronomio 7:10, 20, 24; 9:3; 11:4; 12:2-3; 28:51, 63; Josué 7:7; 2º Reyes 10:19; 11:1; 13:7; 19:18; 21:3; 24:2; Ester 3:9; 4:7, 14; 8:5; 9:6, 12, 24; Salmos 5:6; 9:5; 21:10; 119:95; 143:12; Proverbios 1:32; 11:7; 29:3; Isaías 37:19; 29:14 (1ª Corintios 1:19); 26:14; Jeremías 1:10; 12:17; 15:7; 18:7;

23:1; 31:28; 46:8; 49:38; 51:55; Lamentaciones 2:9; Ezequiel 6:3; 22:27; 26:17; 28:16; 30:13; 32:13; Abdías 8; Miqueas 5:10; Sofonías 2:5, 13).

“Abadón” es, pues, abandono de algo o de alguien para que se arruine o eche a perder hasta su total destrucción, es decir, su aniquilación. Esa es la condición del Sheol:

Job 26:6: “El Seol está descubierto delante de él, y el Abadón no tiene cobertura.”

Job 31:12: “Porque es fuego que devoraría hasta el Abadón, y consumiría toda mi hacienda.”

Proverbios 27:20: “El Seol y el Abadón nunca se sacian; así los ojos del hombre nunca están satisfechos.”

Volvamos ahora a nuestras respuestas bíblicas respecto a qué saben, conocen, piensan o sienten los difuntos, los finados.

Salmo 6:5: “Porque en la muerte no hay memoria de ti- En el Seol, ¿quién te alabará?”

Salmo 115:17: “No alabarán los muertos a YHVH, ni cuantos descienden al silencio.”

Vamos a seguir dejando que la Biblia responda a nuestras preguntas: ¿Cuál es el contraste entre los vivos y los muertos?

Isaías 38:18-19: “Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos.”

¿Dónde estuvo nuestro Señor Jesucristo entre su muerte y su resurrección?

Juan 19:40-42: “Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar a los judíos. Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno.”

Juan 20:1, 17: “El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro... Jesús le dijo: No me toques (verbo ‘apto’, ‘tocar’ en el sentido de “sujetar” y ‘retener’) porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.”

Para los hermanos que creen ver una obra de Jesús entre su enterramiento y su resurrección, aludiendo al textos de 1ª Pedro 3:19, vamos a analizarlo brevemente en su contexto:

1ª Pedro 3:18-20: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por aguas.”

El texto aislado del versículo 19 (“en el cual también -Cristo fue en espíritu- y predicó a los espíritus encarcelados”), suele ser citado por quienes sostienen la creencia

neoplatónica de la inmortalidad inherente del alma humana como doctrina bíblica. Naturalmente, cualquier estudiante serio de las Sagradas Escrituras sabe que un texto, y más aún estando aislado, cuando no corresponde al sentido y la enseñanza general de la Biblia, es, evidentemente, una porción que debe analizarse meticulosamente. Ese es el caso del pasaje que nos ocupa:

“Porque también Cristo padeció (“apethanen”, “murió”) una sola vez por los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual (en el Espíritu Santo) también fue y predicó (“ekeruxen”, “hacer la labor de un heraldo”, “anunciar”, “proclamar”, “difundir públicamente”) a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.”

Algunos hermanos almistas-inmortalistas sostienen que las almas de los justos muertos fueron liberadas por nuestro Señor Jesucristo cuando descendió al Hades en la tierra al morir, y que luego nuestro Señor ascendió con ellos a los cielos; que todos los que han muerto desde entonces, si han fallecido purificados de sus pecados, entonces van directamente al cielo. Sin embargo, sostienen también que estas almas volverán a la tierra para buscar sus cuerpos cuando acontezca la resurrección general. Y parte de esta teoría espuria encuentra una supuesta base para semejante postulado en la contención que Cristo fue a predicar el Evangelio, durante el período comprendido entre su muerte y su resurrección, a los espíritus de los hombres y mujeres antediluvianos que se hallaban confinados en las prisiones del Hades.

Si esto nos suena a “teología-ficción”, creo que estaremos en lo cierto. El Apóstol Pedro se refiere francamente a algunas cosas en los escritos de Pablo, que son difíciles de entender”:

2ª Pedro 3:15-16: “Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición (‘apoleian’, ‘destrucción’).”

Pablo hubiera podido decir lo mismo respecto a algunos textos de los escritos de Pedro. Este pasaje es uno de ellos. Por eso es menester estudiarlo con sumo cuidado. Para ello es necesario comenzar por reconocer el peligro de proyectar sobre él ideas apriorísticas de factura neoplatónica, absolutamente ajenas a la suma de la Sagrada Escritura.

De este texto se pretende encontrar la enseñanza de que el alma es inherentemente inmortal, y que continúa viviendo con consciencia ininterrumpida después de la muerte. De ahí que crean que durante el intervalo entre la muerte y la resurrección de Cristo, es decir, mientras su cuerpo permanecía en la tumba, su espíritu descendió al Hades, hogar de los supuestos “muertos-vivos”, para allí predicar a los “espíritus” conscientes desencarnados de los antediluvianos que estaban encarcelados, con el evidente propósito de darles una segunda oportunidad, y así salir de su supuesto tormento.

Esta es la contención fundamental que se desprende de semejante doctrina. Ahora bien, nosotros preguntamos: ¿Por qué descendió Jesús “a los infiernos”, como se recita en los Credos históricos, cuando la voz “infierno” es latina, lengua no bíblica, sino que en el

griego original del Nuevo Testamento es “Hades”, “la tumba, el sepulcro o lugar de los muertos”? ¿Para predicar a los espíritus de los condenados de hacía aproximadamente dos mil cuatrocientos años, después del Diluvio de los días de Noé, cuando el acontecimiento de prueba ya había tenido cumplimiento en la tierra?

Las implicaciones de la postura inmortalista son muy hondas. Personalmente, después de más de cuarenta años de ministerio pastoral y docente, nos inclinamos a creer que la mayoría de los hermanos que siguen esta línea de pensamiento jamás han considerado seriamente dichas implicaciones. Si los muertos están vivos, entonces no están muertos. Puede sonarnos a reflexión pueril y una auténtica perogrullada, pero es un razonamiento lógico y contundente. Si dichos muertos están vivos y conscientes, ya que según el almismo-eternalista se les puede predicar y ellos pueden responder con arrepentimiento a dicha predicación, entonces la vieja y hoy poco recordada doctrina católico-romana del “Purgatorio”, o un equivalente protestante para el que no creo que tengan nombre, puede justificarse, en vista de que después de la muerte sigue habiendo oportunidad de ser probados y perdonados. Las implicaciones, insistimos, son tan profundas y serias que debemos examinar ahora algunos de sus datos fundamentales.

En lo que se refiere a la condición de nuestro Señor Jesucristo en su muerte, es notorio que el cuerpo de Jesús fue depositado en el sepulcro, es decir, en el “Hades”:

Salmo 16:10: “Porque no dejarás mi alma (“néfesh”) en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.”

Hechos 2:30-31: “Pero siendo profeta (David), y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo (“Mesías”, “Ungido”) para que se sentase en su trono, viéndolo antes (David), habló de la resurrección de Cristo, que su alma (griego “psyje”; hebreo “néfesh”) no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.”

El propio Jesús encomendó su “espíritu” a su Padre Dios, por cuanto está establecido que el espíritu del hombre, su aliento de vida, vuelva a Dios:

Eclesiastés 12:7: “Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.”

Lucas 23:46: “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.”

Según el Apóstol Pedro, quien había hablado con Jesús después de su resurrección (Juan 21:7-22), y quien predicó en aquel Día de Pentecostés (Hechos 2:14 ss.), el alma de Jesús (griego “psyje”; hebreo “néfesh”) -el verdadero Jesús, según los inmortalistas- estuvo en la tumba desde su muerte hasta su resurrección:

Hechos 2:27, 30-32: “Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción... Pero siendo profeta (David), y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.”

Notemos que “mi alma” en la primera cláusula está en paralelo con “tu Santo” en la segunda cláusula. Es decir, que fue el propio Jesús quien durmió en la tumba. Cristo,

pues, no fue a ninguna parte ni realizó ninguna acción entre su muerte y su resurrección, por cuanto, como todos los que entran en el estado de la muerte, que la Biblia siempre denomina “el sueño de la muerte”, durmió hasta el día en que fue vuelto a la vida, por la acción del Espíritu Santo, el mismo que le engendró en el vientre de María de Nazaret. Nada apunta a que Jesús siguiera viviendo durante el período intermedio entre su óbito y su resurrección gloriosa.

La voz “vivificado” que hallamos en el texto de 1ª Pedro 3:18 es el griego “zoopoieo”, y es el mismo vocablo que hallamos en Romanos 8:11:

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”

Según el testimonio de las Sagradas Escrituras que acabamos de examinar, Dios trajo a Jesús de vuelta a la vida por medio de su Santo Espíritu, el mismo por el que los discípulos de Cristo seremos levantados de entre los muertos en el último día. La “vivificación” significa aquí, y sin ninguna duda, “impartir vida”, “hacer vivir”, “volver a la vida”. Es decir, que Jesús fue puesto o llevado a la muerte en la carne, y que fue vivificado, es decir, se le impartió vida por el Espíritu Santo. Pretender que Jesús siguiera viviendo después de morir, sería anular o invalidar la declaración de que “fue vivificado” o “vuelto a la vida”, y que durante un tiempo había estado muerto, desde la muerte en la Cruz hasta su resurrección “de entre los muertos”, según Romanos 1:1-4:

“Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.”

El propio Señor Jesús, hablando de sí mismo, se expresa en esos términos en Apocalipsis 1:17-18:

“Cuando le vi (a Jesucristo glorificado), caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.”

El testimonio general de las Sagradas Escrituras es que Jesús fue verdaderamente muerto -no solamente una parte de su ser- que fue vivificado por el Espíritu Santo, y que, efectivamente, Jesús fue y predicó a los espíritus encarcelados; pero aquí debemos estar muy atentos: La Sagrada Escritura no enseña que dicha predicación la realizara nuestro Señor entre su muerte y su resurrección. Esto es el error fundamental. Toda la estructura inmortalista, sobre la que se edifica el tinglado de la antigua farsa de la religión organizada -comprendida la cristiana- se viene abajo al examinar detenidamente el texto que nos ocupa y comprobar que dicha predicación no aconteció entre el momento en que Jesús entregó su vida por nosotros, y fue resucitado para nuestra justificación (Romanos 4:25). Cualquier otra afirmación entra en conflicto frontal con la enseñanza de la Biblia, por cuanto no armoniza con la enseñanza general de las Sagradas Escrituras.

Entonces, es preciso que ahora preguntemos a nuestro texto cuándo y a quiénes predicó Cristo en el Espíritu Santo. El Señor fue vivificado, es decir, levantado a la vida, por el Santo Espíritu de Dios. Es evidente, entonces, que fue también en y por el Espíritu Santo como Cristo efectuó la predicación, la llamada al arrepentimiento, que aquí se menciona.

El texto afirma que “vivificado en (o por) el Espíritu, en el cual (o por el cual) fue y predicó a los espíritus encarcelados.” Ahora bien, comoquiera que el texto dice que la predicación fue hecha “cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé” (versículo 20), tuvo entonces que ser la generación de Noé la que escuchó la predicación de Cristo por medio del Espíritu Santo a través del ministerio de su siervo Noé.

En el relato de las condiciones en que se hallaba la tierra antes del Diluvio noélico, leemos así en Génesis 6:3:

“Y dijo el Señor: No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre, por que ciertamente él es carne, mas serán sus días ciento veinte años.”

Como según el Apóstol Pedro, Noé fue un “pregonero (predicador) de justicia” (2ª Pedro 2:5), se desprende de ello que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, predicó por medio de Noé en aquellos días remotos, de la misma manera que lo hizo a toda generación a la que Dios siempre envió mensajeros humanos, tal y como lo sigue haciendo en la actualidad. Y es, evidentemente, Cristo, el Verbo preencarnado, quien por el Santo Espíritu hizo entonces esa labor.

Aquí no hay ningún conflicto, por cuanto de Cristo se nos dice claramente que “Él es el único mediador entre Dios y los hombres.” (1ª Timoteo 2:5). Además, también se nos revela que sus salidas a esta tierra, llevando el mensaje del perdón y la salvación a los humanos, han sido muchas, si bien en carne humana su primera salida fue en la encarnación del Verbo, y nuevamente lo será en carne glorificada en el Gran Día de Dios, en el Segundo Adviento de nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo:

Miqueas 5:2: “Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

Ahora bien, hay otro pequeño problema que debemos despejar: ¿Por qué se les llama “espíritus” a estos seres antediluvianos?

La voz griega “pneumasi” no debe hacernos pensar en “espíritus” desencarnados, sino que se trata de una manera de referirse a los hombres, resaltando sus necesidades espirituales, es decir, trascendentes. La prueba de ello la podemos hallar en Hebreos 12:23, donde se habla de los “espíritus de los justos hechos perfectos”, y donde resulta evidente que se trata de “hombres justos”. Y lo que es más, hombres que están en la Iglesia, como podemos comprobar por el contexto. Igualmente, podemos hallar esta expresión en Hebreos 12:9, donde se habla de Dios como “Padre de los espíritus”, con referencia a los hombres que están aún en el cuerpo.

También en el Antiguo Testamento, que es donde encontramos la raíz semítica de esta expresión, en textos tales como Números 16:22 y 27:16, en los que el Señor es presentado como “Dios de los espíritus de todas carne”, y donde, naturalmente, no se hace referencia a hombres en un estado determinado.

Es de suma importancia establecer el hecho de que Jesús murió en la Cruz del Calvario, y que no hay nada de un ser interior, espiritual, que como entidad inmaterial continuase viviendo entre la muerte y la resurrección en el “tercer día”. Observemos las evidencias bíblicas al respecto:

Isaías 53:7-8: “Angustiado él (el Siervo Sufriente, Jesús), y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado, y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido.”

Daniel 9:24-27: “Setenta semanas (de años) están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalem hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.”

Zacarías 13:6: “Y le preguntarán: ¿Qué heridas son estas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos.”

Ahora conviene que veamos las propias predicciones de nuestro Señor Jesucristo respecto a su muerte y el período en la tumba:

Mateo 16:21: “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalem y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.” (Ver Marcos 8:31).

Como vemos, no hay ni la menor insinuación de un supuesto ministerio durante el tiempo de estar entre los muertos.

Mateo 17:22-23: “Estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán. Y ellos se entristecieron en gran manera.”

Marcos 9:31: “Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. Pero ellos no entendían estas palabras, y tenían miedo de preguntarle.”

¡Qué magnífica ocasión para haberles revelado una supuesta actividad durante el estado de la muerte!

Marcos 10:33-34: “He aquí subimos a Jerusalem, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.”

Lucas 9:22: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.”

Lucas 24:46: “Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día.”

Juan 10:17: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.”

No hay ninguna referencia a un estado intermedio entre su muerte y su resurrección.

Y quizás el texto más claro y contundente sea el de Juan 14:1-3:

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuere, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.”

Ahora veamos las evidencias de los testigos presenciales de la muerte de nuestro Salvador:

Mateo 27:50: “Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu (‘afeken to pneuma’, es decir, ‘exhaló el aliento’).”

Mateo 27:57-61: “Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. Éste fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue. Y estaba allí María Magdalena, y la otra María, sentadas delante del sepulcro.”

Marcos 15:37: “Mas Jesús, dando una gran voz, expiró (‘exepneusen’, ‘expirar’, ‘soltar el último aliento’, ‘morir’).

Marcos 15:39: “Y el centurión que estaba frente a él (frente a Jesús), viendo que después de clamar había expirado (‘exepneusen’) así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.”

Lucas 23:46: “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró (‘exepneusen’).”

Salmo 31:5: “En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh YHVH, Dios de verdad.”

Jesús expira en la Cruz del Calvario recitando los Salmos.

Es evidente que la expresión hebrea “entregar el espíritu” significa “soltar el último aliento”, “expirar”, “cesar de respirar”. Cualquier otro significado es leer el texto a través de los ojos de la filosofía de Platón, y así es como muchos proyectan sobre el texto sus ideas apriorísticas, herencia de la cultura greco-latina que ha formado la mentalidad occidental a través de la enseñanza deformada del cristianismo institucionalizado.

El testimonio de las Sagradas Escrituras es que Jesucristo, como sustituto voluntario en la muerte por los pecadores, permaneció en la tumba, sin pensamiento ni actividad alguna mientras estuvo en el estado de la muerte, esperando la llamada del Espíritu Santo, dador de la vida, hasta la llegada del tercer día.

Por consiguiente, negar la muerte de Cristo es repudiar el testimonio irrefutable de la Biblia. Ahora viene la tremenda alternativa: Si Cristo no murió enteramente, según los términos de la substitución, sino que solamente fue su cuerpo el que murió, mientras que su espíritu seguía viviendo como una entidad desencarnada e independiente para visitar a los espíritus supuestamente confinados en prisión, durante el período comprendido entre su muerte y su resurrección al tercer día, entonces queda impugnada la veracidad de Dios y de Cristo.

La credibilidad del Señor queda en entredicho, y lo más impresionante de todo es que entonces quedaría vindicada y verificada la primera mentira de Satanás, padre de mentira, cuando dijo a los primeros humanos las palabras registradas en Génesis 3:4-5:

“No moriréis, sino que sabe Dios que el día que comáis de él (del fruto del árbol que estaba en medio del huerto), serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios (‘Elohim’), sabiendo el bien y el mal.”

Entonces la solemne declaración divina de Génesis 2:3: “No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”, quedaría desacreditada y desaprobada ante todo el Universo.

Esta es la gravedad de esta cuestión. Sin embargo, la veracidad de las implicaciones del mandamiento divino se ven confirmadas en el texto de Génesis 5:5: “Y Adam murió.” Nada nos dice que fuera una parte de Adam la que muriera, sino Adam en su globalidad.

Todo el plan divino de salvación quedaría anulado, abortado, cancelado, abrogado, si Cristo no hubiera muerto verdaderamente sobre aquella Cruz del Calvario. Esta es la gravedad del postulado almista-inmortalista. Tengamos muy presente que toda la obra de la redención gira en torno a la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Solamente contamos con el testimonio de su muerte y de resurrección. Por eso, de la misma manera que la resurrección de Jesús fue total y plena, así también lo fue su muerte. Ese es el fundamento de que nuestra redención esté asegurada, por cuanto Jesús verdaderamente murió y fue resucitado:

Romanos 5:7-11: “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

Recordemos también, antes de concluir el estudio de este texto, imprescindible cuando consideramos la creación del hombre y su naturaleza, que frente a la noción pagana de que la vida real se encuentra en el alma o en el espíritu, las Sagradas Escrituras aseguran

que la vida del hombre está en su sangre. De ahí que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo derramara su vida, es decir, su sangre para redimirnos.

“Bebe, hija mía, bebe dulcemente

de las aguas de mi salvación:

porque tú eres mi reverencia.”

(Ibn Gabirol).

¿QUÉ ES EL “ALMA”?

Creemos que aquí radica la cuestión que a tantos mantiene confundidos. Comencemos por preguntar a la Sagrada Escritura: ¿Cómo se refiere el Apóstol Pablo a los ya murieron?

1ª Tesalonicenses 4:13-18: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.”

Quizás el adverbio “outo”, “así”, sea en este texto la palabra más importante, en términos de clarificación, pues así, de ese modo, en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, y no de cualquier otro modo, será como se producirá nuestro encuentro definitivo con el Salvador de nuestras almas, de nuestras vidas. Así nos lo ha prometido nuestro bendito Redentor:

Juan 14:1-6: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Así podemos acercarnos más a las palabras del Apóstol Pablo en su Primera Carta a los cristianos de Corinto:

1ª Corintios 15:17-18: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.”

Si el alma fuera inmortal, como pretenden tantos hermanos nuestros, entonces los que durmieron en Cristo no habrían perecido, aunque Cristo no hubiera resucitado. Sin embargo, el argumento apostólico, basado en todo el testimonio de las Sagradas Escrituras, es que Cristo resucitó de entre los muertos, y así vendrá glorificado en el Gran Día de Dios a buscar y despertar a los que en Él durmieron.

Así se explica el origen de la voz castellana “cementerio”, al igual que en muchas otras lenguas occidentales, acuñada como “koimeterion” por las primeras comunidades cristianas de lengua griega, y cuyo significado literal, de la raíz “koimao”, “dormir”, “acostarse”, es “lugar para el reposo”, “dormitorio”.

Por consiguiente, si no hubiera vida resucitada, ¿cómo podríamos considerarnos?

1ª Corintios 15:19: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.”

Esto, naturalmente, no podría decirse si el alma no durmiera por ser inmortal.

¿En quién ha de estar depositada toda nuestra confianza?

1ª Corintios 15:20: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.”

Por si nos quedara alguna duda la respecto de lo que venimos diciendo, escuchemos a nuestro bendito Señor en ocasión de la resurrección de su amigo Lázaro:

Juan 11:11-14: “Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis.”

El alma, como ser humano, puede morir, por cuanto todo lo que se halla dentro del orden creacional tiene principio y fin. Solamente Dios es eterno, de ahí que Él sea el único que tiene inmortalidad, como dice el Apóstol Pablo en 1ª Timoteo 6:14-16:

“Que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz

inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.”

Curiosamente, la voz “alma” no se refiere sólo a un “ser viviente”, sino también algunos casos hace referencia a una persona muerta:

Números 5:1-2: “YHVH habló a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que echen del campamento a todo leproso, y a todos los que padecen flujo de semen, y a todo contaminado con muerto”. (Literalmente: “cuerpo muerto”, “néfesh”).

Levítico 21:10-11: “Y el sumo sacerdote entre sus hermanos, sobre cuya cabeza fue derramado el aceite de la unción, y que fue consagrado para llevar las vestiduras, no descubrirá su cabeza, ni rasgará sus vestidos, ni entrará donde haya alguna persona muerta (‘néfesh’); ni por su padre ni por su madre se contaminará.”

Es de interés saber que dado que “alma” se emplea en las Sagradas Escrituras como un “ser”, el término viene a ser empleado también como pronombre para designar a una persona. Así vemos cómo Abram le pidió a Sarai que dijera a todos que ella era su hermana para que no le mataran a él con el propósito de tomarla:

Génesis 12:13: “Ahora, pues, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y viva mi alma (‘vejaitá nefeshei’) por causa de ti.”

También en 1º Reyes 20:32 hallamos la expresión “te ruego que viva mi alma” (“néfesh”), modismo del hebreo bíblico par expresar la idea de “te ruego que me dejes vivir.”

El problema con la voz “alma” en castellano, al igual que en las demás lenguas occidentales, radica en lo que nosotros proyectamos culturalmente sobre este vocablo, es decir, nuestras ideas apriorísticas; pero en las Sagradas Escrituras ni el alma es inmortal ni puede existir independientemente del cuerpo físico. Por eso es que desde el punto de vista de la antropología bíblica, el término “alma” expresa primeramente el hecho de que los seres humanos somos por naturaleza criaturas, es decir, seres creados con disposición a los deseos y los anhelos. Y en segundo lugar, los humanos somos seres vivientes que buscamos siempre la realización de la vida, pero somos al mismo tiempo incapaces de adquirirla o preservarla por nosotros mismos.

Por eso es que en Génesis 1:24 el castellano “seres vivientes” referido a los animales es igualmente el hebreo “néfesh jaiyá”. Y en Génesis 2:7, igualmente se llama al hombre “ser viviente”, con las mismas palabras en el hebreo original.

Tanto para los seres acuáticos, como para los volátiles, para las bestias e incluso para el ser humano, se aplica la expresión “néfesh jaiyá”, cuyo significado original es “alma que vive”, o más literalmente todavía “ser que respira”. Por lo tanto, y como todos los sabios hebreos de la antigüedad enseñaron, a la luz de estos textos de Génesis, no es “néfesh”, que traducimos por “alma”, la primera cualidad diferencial entre el ser humano y el resto de los seres vivos de la Tierra, sino la “neshamá”, que es el Espíritu con que Dios dota al ser humano.

Génesis 2:7: “Entonces YHVH Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.”

Lo que “Elohim” insufla en Adam es “neshamát jayim”, que traduce nuestra versión bíblica por “aliento de vida”; es decir, “espíritu de vidas”, y así es como el hombre (ser humano) llega a ser “néfesh jaiyá”, es decir, un “ser que vive”, “un ser que respira”. También es interesante considerar que la voz “vida” está en plural en el original hebreo, a lo que los comentaristas antiguos de Israel dan la explicación de que ese plural hace referencia al hecho de que se precisan dos vidas para formar una nueva.

Los animales, según se desprende de estos textos de Génesis, comparten con nosotros el “alma”, pues les constituye desde su creación. De ahí se desprende que sean denominados “animales”. Recordemos que el vocablo “animal”, nos remite en castellano al latín “animal, -alis”, en perfecta similitud y correspondencia con el término semítico, es decir, un ser dotado de respiración por el soplo vital (latín “anima”).

Pero precisando más esta idea y usando la versión bíblica que conocemos por “Septuaginta” o los LXX, versión griega del Antiguo Testamento, que es la usada por los autores del Nuevo Testamento para sus citas de las Escrituras hebreas, vemos que la expresión “alma viviente” son dos términos griegos “psyjé” y “dosán”, mientras que la palabra “alma” es solamente una de las acepciones de la voz “psyjé”, cuyos significados son “vida”, “persona” y “ser”. De esa raíz nos han llegado los términos “psiquis”, “psíquico”, “psicología”, etc.

Por eso es que la voz “psyjé” es la que aparece en la versión griega del Antiguo Testamento en Génesis 1:20, 21 y 24, donde se habla de la creación de los animales, así como en Génesis 2:7 para la creación del ser humano. Pero si se traduce “psyjé” por “alma” en todos los casos, más la voz “dosán”, “vivo”, “viviente”, es evidente que los animales también son “almas vivientes”. Ahora bien, hay que tener presente que los animales brotaron vivos de la tierra por una orden del Creador, mientras que el hombre fue hecho por el mismo Creador a su imagen y semejanza, y Dios lo hizo vivir soplándole en el rostro:

Génesis 1:20-21, 24: “Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno... Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así.”

Génesis 2:7: “Entonces YHVH Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.”

Es más que evidente que el “alma” no es, según el relato de Génesis, una característica única y exclusiva del ser humano, sino que nuestra auténtica y distintiva característica es la “neshamá jaiyim”, el “aliento de vida” que inspira al “alma”, “néfesh jaiyá”, el “espíritu de vida” que nos constituye en “imagen y semejanza” del Creador.

De manera que el dualismo “cuerpo-alma” ha venido siendo la noción más prevalente acerca de la naturaleza humana dentro del cristianismo histórico, supersaturado de filosofía griega, puro neoplatonismo, pero lo cierto es que semejante noción tiene su origen más en una serie de teorías y posiciones filosóficas, que van desde Platón (427 a.C. - 347 a.C.) a René Descartes (1596 d.C. - 1650 d.C.), pasando por Agustín de Hipona (354 d.C. - 430 d.C.), muchísimo más que en fuentes genuinamente bíblicas.

Esa es la causa principal de que en Occidente se siga creyendo en un alma inmaterial e inmortal ligada y unida de cierta forma al cuerpo humano. Y de ahí se desprende que muchísimos hermanos cristianos desinformados sigan creyendo que eso es lo que verdaderamente enseñan las Sagradas Escrituras, principalmente a causa de haber sido enseñados por quienes a su vez fueron instruidos así.

Aunque la enseñanza que la mayoría sostiene respecto al “alma” les llega de Platón, aunque jamás hayan leído su filosofía, y no de la Biblia, en general la inmensa mayoría de la cristiandad cree en un alma inmaterial e inmortal. Pero las Sagradas Escrituras sólo dicen que el hombre, el ser humano, es un “alma”, “psyjé”, pero jamás afirman que ésta sea inmaterial ni inmortal, ni en qué lugar del cuerpo esté alojada. Por el contrario, la Biblia afirma que el hombre fue constituido en un “alma viviente”, un “ser que respira” por el soplo de la “neshamá”, el aliento de vida con que hemos sido estructurados a imagen y semejanza divina.

Por eso es que en el curso de los siglos, los humanos hayan tratado de ubicar el “alma” en diversos lugares del cuerpo, alentados por la idea de que existe una parte no material en nosotros que debe estar ubicada en algún determinado lugar de nuestro cuerpo material. Semejante noción ha ido cambiando gradualmente en función de la sucesiva aparición de los estudios científicos acerca de la relación mente-cuerpo. En la actualidad, se contempla la mente humana como una propiedad operativa del cerebro. No como algo localizable en un punto concreto.

La mente es de hecho un proceso firmemente materializado dentro de nuestro cerebro, en forma muy similar al programa que funciona dentro de nuestros ordenadores, los cuales han sido y continúan siendo desarrollados inspirándose lógicamente en la mente humana.

Ahora bien, ¿puede esa misma forma de materialización presumirse para aquello que tradicionalmente hemos venido llamando “alma”? Como algunos han dicho, este “rompecabezas” que representa todo intento de relacionar “mente”, “cerebro” y “alma”, tiene raíces muy antiguas.

Las más vetustas teorías discrepaban notablemente entre sí. Por una parte estaban quienes afirmaban que el “alma” estaba dentro del corazón. Otros, en cambio optaban por ubicar el “alma” en el cerebro; y otros afinaban más inclinándose por situarla dentro de los ventrículos o cavidades que comenzaban a ver dentro del cerebro humano.

Curiosamente, los escritores bíblicos hebreos, del mismo modo que los primeros autores cristianos, comenzando por el Nuevo Testamento, no mencionan el cerebro ni una sola vez, mientras que lo hacen muchas veces respecto al “alma”.

¿Por qué? Creemos que la respuesta es muy sencilla: En nuestra cultura occidental, toda la información que nos penetra por los órganos de los sentidos (ojos, oídos, etc.) van a ubicarse en el cerebro, pero en la cultura bíblica esa misma información va a parar al “alma”, (“psyjé”). Esa es la causa por la que la voz “cerebro” no aparece en las Sagradas Escrituras, porque está substituida o reemplazada por el vocablo “alma”.

De ahí se desprende que el “alma” no está en el cerebro, en la mente, sino que el “alma” es la “mente”. A este respecto recomendamos la lectura del libro titulado “¿Inmortales?”, que puede hallarse en www.ebenezer-es.org (sección “Publicaciones”).

Por otra parte, podemos ver que todos los animales son “almas vivientes”, así como que poseen un cerebro como base material de la mente, al igual que el hombre, pero con la información que les llega a su mente no pueden hacer como el ser humano, porque les falta lo que supone para el hombre haber sido creado a imagen y semejanza de su Creador.

Los animales solamente tienen en su cerebro un programa que denominamos “instintos”, para actuar siempre de la misma manera. Así las aves hacen sus nidos siempre de la misma manera, conforme a sus instintos, según su especie, al igual que sus migraciones y demás aspectos de su comportamiento; pero los humanos, cuando realizaron, por ejemplo, las pinturas de las cuevas de Altamira, vivían en cuevas, mientras que ahora habitamos en edificios cada vez más sofisticados, no hacemos fuego con pedernales, sino que consumimos combustibles minerales fósiles, convertimos la luz del Sol en energía eléctrica, nos trasladamos en vehículos a grandes velocidades por tierra, mar y aire, y podemos transmitir y recibir información de datos y acontecimientos en prácticamente el mismo momento en que éstos suceden. Es decir, el cerebro del hombre continúa acumulando información y conocimientos, mientras que los cerebros de los animales no pueden realizar tal cosa.

El “alma”, pues, empleándose respecto al ser humano, se refiere a toda persona que necesita a Dios, quien es el único que puede preservar al ser humano o extinguirlo para siempre:

Mateo 10:28: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; sino temed más bien a Aquél que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.”

Lucas 9:25: “Pues, ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?”

Por lo tanto, el hebreo “néfesh” y su equivalencia griega “psyjé” se refieren a la totalidad de la persona como centro vital de la existencia, de las emociones, de los sentimientos y de los anhelos, que pueden realizarse solamente en unión con Dios. Es evidente, pues, que no tenemos un “alma”, sino que somos “almas vivientes”.

“Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.”

(Hebreos 4:9).

LA CULMINACIÓN DE LA CREACIÓN.

Génesis 2:1-3: “Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.”

El verbo usado aquí en el hebreo es “vaijulú”, el cual no significa sólo la terminación de la obra divina, su puesta en marcha, sino también la armoniosa perfección de dicha obra.

La expresión hebrea “y todo el ejército de ellos”, refiriéndose a los cielos, es “tsevátsevaam”, implica toda la plenitud de lo vegetal, lo animal, los cuerpos celestes, las luminarias y el ser humano. La hallamos también en 1º Reyes 22:19:

“Entonces él dijo: Oye, pues, palabra de YHVH: Yo vi a YHVH sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a él, a su derecha y a su izquierda.”

La traducción de “tsevaam” por el castellano “ejército” se debe a que este vocablo puede significar “milicias”, “huestes”, “tropas en formación”, como si se trata de un orden militar (“tsabá”), pero es mucho más acertado que por este “ejército” entendamos toda la Creación, en la Tierra y en los Cielos.

Las leyes permanentes de Dios van a regir esa Creación que Dios ha dispuesto después de los seis días de reorganización del Universo. Es para los comentaristas antiguos de entre los hebreos como si el texto dijera que a partir de ese momento cada parte de la obra de Dios seguiría manteniéndose y desarrollándose según las propias leyes dada por Dios y que la naturaleza encierra dentro de sí.

Respecto a la expresión “reposó”, “veshabat”, significa hacer un reposo, una suspensión en la tarea, como se declara después en el mandamiento del reposo humano, como un “alto en el camino”. Adjudicarle a Dios tener necesidad de descansar sería incompatible con el principio de su omnipotencia. Pero la interrupción temporal de la tarea significa la separación de la semana en dos períodos, es decir, los días comunes, destinados al trabajo y a las actividades profanas, y el día sagrado, o mejor, consagrado, para interrumpir la actividad cotidiana; para dejar toda actividad y sujetarse a Dios como criaturas que somos, en reconocimiento de su señorío.

Dios “reposó” para darnos una lección: Si nuestro Señor, que no se cansa, reposó, cuando más habremos de reposar nosotros, que sí nos cansamos. De manera que por el reposo imitamos a Dios nuestro Señor y aprendemos a vivir en los valores superiores, procurando también el reposo de todos los nuestros, sean naturales o extranjeros, así como las bestias que respiran nuestro mismo aire y merecen igualmente el reposo.

La semana, pues, debe culminar en el séptimo día, Shabat. Este tipo de razonamiento se denomina en hebreo “kal va-jomer”, y correspondería a lo que nosotros en nuestra cultura conocemos por “lógica de la analogía”. Es decir, si Dios, que no precisa el descanso, reposó, más vale que nosotros los humanos aprendamos a santificar el tiempo para recuperarnos de tanta alienación.

En el libro del Éxodo 20:8 se nos dice que debemos recordar el día de reposo, mientras que en Deuteronomio 5:12, se nos dice que lo “guardemos”, que lo “cuidemos”. Los comentaristas hebreos de la antigüedad se preguntaron por qué existe tal diferencia entre ambas versiones. Y la respuesta que hallaron fue que ambas fueron expresadas en un solo decir. Esto es algo que nosotros los humanos no podemos hacer al hablar, pero Dios sí que lo puede realizar. Así lo dice el Salmo 62:11-12:

“Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder, y tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.”

Otra explicación es la que dice de este modo: “Acuérdate antes de que llegue el día, y cuídalo después de que haya pasado.” La mística judía siempre dijo que es menester recordar el Shabat desde el primer día de la semana, y si encontramos algo bueno, reservémoslo para cuando llegue el Shabat.

Recordar es estimular nuestra conciencia durante el resto de los días de la semana. Esto pertenece al mundo psicológico del hombre. Es tener en cuenta, distinguir los días, prepararse para el Shabat, y cuidarlo es mantener la integridad y prolongar el día de reposo. De ahí viene la costumbre hebrea de entrar aprisa en el día de reposo, y salir de él pausadamente, sin prisa, como prolongándolo.

Los sabios antiguos de Israel repararon en el hecho de que en el Decálogo no se ordene la construcción de ningún templo hecho de manos humanas, por cuanto precisamente eso es lo que nuestro Señor nos dice en las Escrituras en varias ocasiones:

Hechos 7:46-50: “Éste (David) halló gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta (Isaías 66:1-2): El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? Dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”

Hechos 17:24: “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.”

El mandamiento del Decálogo presenta un “templo” no material, no perteneciente al ámbito del espacio, sino, antes bien, al ámbito del tiempo, criatura divina en la que los hombres no podemos gloriarnos como creación nuestra:

Éxodo 20:8-12: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para YHVH tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo YHVH los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, YHVH bendijo el día de reposo y lo santificó.”

La santificación del séptimo día, su consagración, es decir, su “kedushá”, el apartarlo y distinguirlo de todos los demás días indica que hay una corona de la Creación para el hombre y para todo lo creado. Del mismo modo que los hombres festejamos la conclusión de una obra, así Dios nuestro Señor festeja la Creación con este día en el que el Eterno pone su impronta como señal imborrable.

Para los sabios antiguos de Israel, hay una relación íntima entre la “kedushá” o consagración del séptimo día, llamándolo “Kadesh”, es decir, “santo”, y la voz “kedushin”, que es la consagración nupcial, con la distinción que el novio hace la novia y ésta del novio, así como del día de su enlace. A tal respecto, recordamos un hermosísimo poema titulado “Lejá dodí”, “Ven, Amado Mío”, del Rabí Shelomó Ha Leví Alkabetz (Tesalónica c. 1500 d.C. - Safed 1580 d.C.) en el que se compara el Shabat con una novia en el día de sus esponsales. Esta es la traducción del poema “Lejá dodí, licrat ca-la, pené Shabat nekabelá” al castellano:

“Ven, amado mío, a recibir a la novia; recibamos la presencia del Shabat.

Guarda y recuerda, en una sola expresión nos hizo escuchar el Dios único.

El Eterno es Uno y su nombre es Uno, para renombre, para esplendor y para alabanza.

A recibir al Shabat, vengan e iremos, pues es fuente de bendiciones.

Desde el principio, desde la antigüedad fue ungido.

Lo último en hechos, mas lo primero en el pensamiento.

Oh Santuario del Rey, la ciudad real, levántate, sal de en medio del trastorno.

Demasiado has ya permanecido en el valle de las lágrimas.

Él te mostrará su compasión.

Sacúdete el polvo, levántate, vístete con las ropas de esplendor, oh pueblo mío.

A través del Hijo de Yishai, el de Bet-Léjem, acércate a mi alma, redímela.

Despierta, despierta, pues ya ha llegado tu luz.

Levántate y resplandece.

Despierta, despierta, entona un canto.

La gloria del Eterno se revela en ti.

No te avergüences ni te sientas humillada.

¿Por qué estás abatida y desconsolada?

En ti los afligidos de mi pueblo encontrarán refugio,

Y la ciudad será reconstruida sobre su colina.

Tu opresor será abatido, y expulsados serán los que te devoran.

Tu Dios se regocijará en ti, como se regocija el novio con la novia.

Hacia la derecha y hacia la izquierda te extenderás, y exaltarás el poder del Eterno.

Por medio del varón descendiente de Peretz.

(Génesis 38:29: “Pero volviendo él a meter la mano, he aquí salió su hermano; y ella dijo: ¡Qué brecha te has abierto! Y llamó su nombre ‘Fares’.” El original hebreo dice ‘Peretz’, ‘brecha’, por la frecuente confusión entre la letra “pe”, que también hace funciones de “efe”. También aparece en forma verbal en el texto de Miqueas 2:13: “Subirá el que abre caminos delante de ellos; abrirán camino y pasarán la puerta, y saldrán por ella; y su rey pasará delante de ellos, y a la cabeza de ellos YHVH”).

Entonces nos alegraremos y nos llenaremos de dicha.

Ven en paz, oh diadema de su esposo.

También con alegría y exultación,

En medio de los fieles del pueblo atesorado.

(voltar hacia la derecha): Ven, oh novia.

(voltar hacia la izquierda): Ven, oh novia.

(girar hacia el frente): En medio de los fieles del pueblo atesorado.

Ven, oh novia, reina del Shabat.”

La sacralización del tiempo es algo que cuesta bastante entender en nuestra sociedad occidental de nuestros días. Este día de reposo como don, como regalo de Dios para toda la humanidad, es algo que la mayoría de los cristianos no hemos sido enseñados a respetar y guardar. El sentido narrativo del Génesis nos ha pasado inadvertido en sus aspectos legales, que más que religiosos en el sentido de cúltricos, se muestran armonizadores con toda la Creación en un plano que supera lo terrenal, y que se eleva hacia lo cósmico.

No se despliega aquí una exposición científica del origen del Universo, por la simple y llana razón que su autor no es un astrofísico de nuestros días. No considerar los conocimientos de la época de su redacción producirá un choque fuerte con su narración,

y se frustrarán los propósitos del autor humano movido por el Espíritu de Dios a escribir en una clave comprensible para todos los hombres de todos los tiempos.

Por eso es que los primeros cuatro de los Diez Mandamientos nos enseñan cómo amar a Dios nuestro Señor:

Éxodo 20:3-11: “No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy YHVH tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos. No tomarás el nombre de YHVH tu Dios en vano; porque no dará por inocente YHVH al que tomare su nombre en vano. Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para YHVH tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo YHVH los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, YHVH bendijo el día de reposo y lo santificó.”

En el capítulo 22:37-40 del Evangelio según Mateo, Jesús nos enseña los mandamientos resumidos en: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.”

Cuando Satanás -¡Dios le reprenda!- trató de tentar a nuestro Señor Jesucristo, mientras Él ayunaba en el desierto de Judea, nuestro Redentor citó el primer mandamiento:

Mateo 4:10: “Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.” (Lucas 4:8).

En el capítulo cuarto del Evangelio de Juan, Jesús cita el Segundo Mandamiento de la Santa Ley de Dios, cuando enseñó que no hemos de adorar a Dios con imágenes o ídolos, sino que nuestra adoración ha de ser en Espíritu y Verdad:

Juan 4:23-24: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en Espíritu y en Verdad es necesario que adoren.”

La palabra apostólica de Pablo también enseña el Segundo Mandamiento de la Santa Ley de Dios:

1ª Corintios 10:7: “No seáis idólatras, como algunos de ellos (se refiere a los israelitas durante la travesía del desierto en los días del Éxodo); según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar.”

La carnalidad del pueblo hebreo en aquellos días no les permitió experimentar la paciencia para adorar al Dios que es Espíritu y Verdad, y que ellos no podían ver. El mucho tiempo entre paganos idólatras les había sin duda condicionado. Por eso, tan pronto Moisés estuvo ausente unos pocos días, ellos procedieron a construirse un ídolo al que adorar, y así es como cayeron en las prácticas lujuriosas ante la imagen del

becerro de oro, el buey apis de sus explotadores. Como alguien ha dicho: Los humanos nos comportamos en función de aquel a quien adoramos.

En realidad, aquellos israelitas no fueron en absoluto diferentes al resto de los humanos en el curso de la historia, siempre rechazando a nuestro Creador con el fin de adorar nuestras propias creaciones:

Romanos 1:18-25: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.”

En el capítulo 15 del Evangelio según Mateo nos encontramos a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo enseñando respecto al quebrantamiento de varios de los mandamientos divinos, comprendido el tercero:

Mateo 15:18-19: “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios (sexto mandamiento), los adulterios (séptimo mandamiento), las fornicaciones y los hurtos (octavo mandamiento), los falsos testimonios (noveno mandamiento), las blasfemias (tercer mandamiento).”

Aquí conviene que tengamos en cuenta que la voz “blasfemia”, literalmente tomada del griego, significa “hablar mal”, “criticar” o “vilipendiar” el Nombre de Dios; es decir, tomar o emplear el Nombre de Dios en vano, para tratar de cosas vanas, vacuas, sin sentido reverente.

La palabra apostólica nos insta a respetar este mandamiento en Colosenses 3:8:

“Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca.”

Cuando llegamos al cuarto mandamiento de la Santa Ley de Dios es el momento en que encontramos mayor reticencia entre muchos cristianos, en parte por ignorancia, pero creemos que fundamentalmente a causa de la deficiente enseñanza recibida. También hay, sin duda, otras causas para nuestra desobediencia. Aquí hemos de dejar el asunto en manos de nuestra conciencia personal.

En nuestros cuarenta y cinco años de vida como cristianos, y cuarenta años de ministerio pastoral, hemos encontrado a nuestro paso a muchos hermanos que han tratado de convencernos de que los hombres tenemos autoridad para cambiar el día de reposo establecido por Dios por cualquier otro día que nos convenga o nos apetezca. Personalmente, he de reconocer abiertamente que he pasado por momentos en que este argumento pueril, además de otros que vamos a considerar a continuación, casi me han convencido.

El gran “sin embargo”, por el que no he podido renunciar a la sacralidad del día séptimo ha sido para mí que Jesús de Nazaret siempre guardó este día santo, y que jamás podemos hallar en sus palabras nada que contradiga la santidad del día apartado por Dios y señalado para el recuerdo de la Creación y nuestra humildad reconociendo que somos parte de ella:

Lucas 4:16: “ (Jesús) vino a Nazaret, donde había sido criado; y entró, conforme a su costumbre, el día del Sábado en la sinagoga, y se levantó a leer”.

El texto griego original dice que Jesús entró en la sinagoga el “día de los Sábados”, griego “sabbatón”, y así lo vierte la versión de la Biblia Reina-Valera de 1909. Nos preguntamos si será intencionado o no el cambio que experimentamos al consultar la versión de 1960 y otras más recientes, de “Sábado” por “día de reposo”, que significando lo mismo, ciertamente no conduce a la identificación de dicho día con el séptimo de la Creación y la santificación del mismo hecha por el propio Dios.

A muchos hermanos les pasa igualmente inadvertido el hecho de que la Escritura declare que “Jesucristo es el Señor del Sábado”:

Lucas 6:5: “Y (Jesús) les decía: El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.”

De nuevo nos encontramos con el cambio: El original griego dice “tou sabbatou”, “del día del Sábado”: “kai (y) elegen (dijo) autois (a ellos) Kyrios (Señor) estin (es) tou (del) Sabbatou (día Sábado) ó (el) “uio (Hijo) tou (del) Anthropou (Hombre).”

Lo que no aparece por ningún lado en el original griego es el adverbio “aun”, con el sentido de “incluso”. ¿Son causales estos cambios? Creemos que no lo son, en vista de los hechos y la trayectoria de las iglesias y denominaciones, así como las teologías que dichas organizaciones auspician, del mismo modo que las asociaciones difusoras de las Sagradas Escrituras.

Por otra parte, en esto como en todo lo demás, no deberíamos olvidar que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8).

En el curso del libro de los Hechos de los Apóstoles podemos verificar que Pablo enseñó en las sinagogas de amplios espacios del Imperio Romano en el día Sábado:

Hechos 17:2: “Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos.”

Aquí de nuevo el original griego dice “sabbata”, que es el plural de “sabbatou”, es decir, “Sábados”. En algunas ediciones bíblicas nos encontramos con un asterisco que nos remite al pie de página, donde se nos dice: “aquí equivale a sábado”. No creemos que semejante aclaración sea necesaria, cuando el original dice claramente “Sábados”. No se trata de una equivalencia, como pretenden hacernos creer, sino simplemente una manera sutil de ocultar la realidad incuestionable del original. No es que la expresión “día de reposo” equivalga a “Sábado”, sino que el original dice “Sábado”.

También creemos que es interesante considerar el hecho de que la enseñanza del Apóstol Pablo no se dirigiera en el día Sábado solamente a los judíos, sino también a los gentiles, como prueba el texto de Hechos 13:42-44:

“Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo (‘sabbatou’) les hablasen de estas cosas. Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios. El siguiente día de reposo (‘sabbatou’) se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios.”

De nuevo podemos comprobar que en la magnífica versión Reina-Valera de 1909 -cuya reactualización del castellano prepara actualmente la Sociedad Bíblica Trinitaria, y nosotros esperamos con los brazos abiertos-, en este pasaje, como en todos los demás relativos al día Sábado, aparece la voz “sabbatou”, y no la interpretación de “día de reposo”. La pregunta que nos hacemos y creo que deberíamos tratar de responder todos es ¿por qué el Evangelista Lucas, autor del libro de los Hechos de los Apóstoles, no tradujo al griego la voz “sabbatou”, como podía haber hecho perfectamente, sino que la conservó en el original griego en forma de transliteración del hebreo “Shabat”?

Siguiendo con los Hechos de los Apóstoles nos encontramos con el texto del capítulo 18, versículos 1-4, en el que se nos dice que “después de estas cosas, Pablo salió de Atenas y fue a Corinto. Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma. Fue a ellos (c. 49-50 d.C.), y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos, pues el oficio de ellos era hacer tiendas. Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos.”

De nuevo advertimos el cambio de “sabbatou” por “día de reposo”, con la misma nota al pie en muchas ediciones de nuestra Biblia. ¿Por qué no hay ninguna evidencia de que el Apóstol Pablo y sus compañeros instaran a judíos y gentiles a guardar el día primero de la semana, que nosotros denominamos “Domingo”, y sustituirlo por el Sábado? Creemos que es evidente que tal cosa no estaba en los planes de Pablo, Priscila y Aquila, del mismo modo que tampoco hallaremos ningún texto en el Nuevo Testamento en el que se nos diga que nuestro Señor ha cambiado la Ley de Dios en ninguno de sus mandamientos.

El magno acontecimiento del descubrimiento de la tumba de Jesús vacía al alba del primer día de la semana no sólo no anula ni abroga la santidad del séptimo día, sino que confirma que Jesucristo, Señor del Sábado, lo guardó y respetó en el sepulcro hasta su resurrección. Recordemos que para nuestro bendito Señor y Salvador siempre fue menester “cumplir toda justicia”, como le manifestó a Juan el Bautista en el momento de su bautismo en las aguas. (Mateo 3:15).

Pasemos ahora a la Epístola a los Hebreos 4:9, donde se nos asegura que “queda un reposo (‘sabbatismos’) para el pueblo de Dios”, mientras que en los versículos precedentes (1, 3, 4 y 8), la voz en el original griego para “reposo” es “katapausin”, vocablo cuyo significado es “descanso”.

Hebreos 4:1, 3-4, 8: “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo (‘katapausin’), alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado... Pero los que hemos creído entramos en el reposo (‘katapausin’), de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, no entrarán en mi reposo (‘katapausin’), (Salmo 95:11: “el-menujat”, “en mi descanso”); aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de

todas sus obras en el séptimo día... Porque si Josué les hubiera dado el reposo ('katepausen'), no hablaría después de otro día."

La voz, pues, que emplea el autor de la Carta a los Hebreos en el capítulo 4 y versículo 9 para "reposo" no es la utilizada en los versículos anteriores, sino "sabbatismos", vocablo formado con la raíz hebrea "Shabat", el nombre del séptimo día, más el sufijo griego "ismos", que significa el "hacer" o el "guardar". De manera que "sabbatismos" significa "la observancia del día Sábado". La traducción correcta de Hebreos 4:9 debería ser: "Permanece entonces el guardar el día Sábado para el pueblo de Dios." Quienes así no lo hacen, actúan de esa manera por la sencilla razón que toda su argumentación a favor del cambio de la Ley del Señor se vendría abajo estrepitosamente.

Nuestro Señor Jesucristo afirmó que quien quiera entrar en la vida eterna debe guardar los mandamientos:

Mateo 19:18-19: "No matarás (sexto mandamiento). No adulterarás (séptimo mandamiento). No hurtarás (octavo mandamiento). No dirás falso testimonio (noveno mandamiento). Honra a tu padre y a tu madre (quinto mandamiento); y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Marcos 12:28-34).

Ahora bien, años después del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, respecto al cual la mayoría de las denominaciones cristianas aseguran que la Ley quedó abolida, pues no saben distinguir entre la Santa Ley de Dios y la ley del pecado y de la muerte, el Apóstol Pablo sigue enseñando los mandamientos de la Ley de Dios a los gentiles que se habían convertido a Jesucristo y constituían parte de la iglesia en Roma:

Romanos 13:9: "Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Y en esta misma Epístola a los Romanos, el Apóstol Pablo afirma:

Romanos 2:13: "Porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados."

Romanos 3:31: "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley."

Romanos 8:2: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte."

La debilidad de la Santa Ley de Dios no radica en la esencia de la Ley, pues es perfecta y convierte el alma, sino que dicha debilidad radica en nuestra carne, es decir, en nuestra vieja naturaleza carnal. Por eso es que no estamos bajo la ley, entiéndase la ley del pecado y de la muerte, sino bajo la Gracia de Dios que nos capacita para vivir en conformidad con los mandamientos de la Santa Ley de Dios; aquellos que en nuestra carne eran pesadísimas cargas, pero que después de haber recibido por la misericordia de Dios una nueva naturaleza, habiendo nacido del Espíritu Santo, de simiente incorruptible, mediante los dones del arrepentimiento y la fe en Jesucristo, ahora esos mandamientos nos parecen delicias, queremos vivir en conformidad con ellos, y se nos da la unción del Santo Espíritu de Dios para que podamos vivir los frutos de su Santidad.

El Apóstol Santiago también nos advierte del peligro de quebrantar el décimo mandamiento:

Santiago 1:14-15: “Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.”

Después, en el capítulo cuarto de su Epístola Universal, versículos 1-3, Santiago añade: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis en envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.”

Como hemos podido verificar, los Diez Mandamientos fueron proclamados en el curso del Nuevo Testamento. De ahí se desprende que el Apóstol Juan dijera las palabras que nos llegan en 1ª Juan 5:2-3:

“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.”

A pesar de todo lo que hemos venido viendo, conocemos a muchos hermanos que aseguran que los mandamientos de la Ley de Dios fueron abolidos, abrogados, como si hubieran sido reemplazados o substituidos por el “nuevo mandamiento” que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo nos ha enseñado. Esa doctrina espuria es la que ellos recibieron de quienes a su vez la recibieron de quienes fueron sus mentores y enseñadores. Pero nosotros preguntamos a las Sagradas Escrituras si el nuevo mandamiento es una prohibición o exención respecto a guardar los Diez Mandamientos, o si la Gracia Divina es una licencia para pecar sin consecuencias. Recordemos la descripción y advertencia que se nos da en la Carta de Judas 3-4:

“Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.”

Recordemos igualmente las palabras del Apóstol Juan, no sólo no reemplazando los mandamientos de Dios, sino reforzándolos:

2ª Juan 5-6: “Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor, que andemos en sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio.”

Efectivamente, en el Evangelio según Juan 13:34-35, nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho así:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.”

No puede cabernos duda alguna de que para nuestro Señor la primacía del amor es evidente y notoria. En el Evangelio de Mateo 22:34-40, Cristo Jesús nos ha confirmado con suma claridad que nuestro amor a Dios ha de ser desde lo más hondo de nuestro ser, y nuestro amor hacia nuestro prójimo ha de ser el mismo amor con el que nos amemos a nosotros mismos:

“Entonces los fariseos, oyendo que Jesús había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.”

El nuevo mandamiento es, pues, el más antiguo y perfecto de todos, síntesis de la Santa Ley de Dios y medida suprema de la profecía de las Sagradas Escrituras. De ahí que solamente quienes tengan al Santo Espíritu de Dios morando en sus vidas podrán amar en la forma en que Jesucristo lo hace. Será con su amor con el que podamos amar como Él nos insta a amar. Recordemos las palabras del Apóstol Pablo en su Carta a los Romanos 8:1-9, 14:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo). Porque la ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo). Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu (Santo), en las cosas del Espíritu (Santo). Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu (Santo) es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu (Santo), si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él... Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.”

Sólo con el Santo Espíritu del Padre y del Hijo en nuestros corazones podemos amarnos los unos a los otros conforme al mandamiento de Cristo. Para el hombre carnal, regido por la vieja naturaleza heredada de la carne y la sangre, esto es imposible. Es el Santo Espíritu Consolador quien separa al pueblo de Dios respecto al mundo y su sistema imperante. Es el Espíritu Santo quien convierte nuestras mentes a la mente de Cristo Jesús facultándonos para amar como hemos sido y seguimos siendo amados, para perdonar como hemos sido y seguimos siendo perdonados, para ser benefactores de otros como hemos sido y continuamos siendo beneficiados por Dios nuestro Señor.

Cuando nuestro Señor Jesucristo dijo “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”, no estaba hablando a la multitud, sino a sus discípulos, quienes le siguieron, después serían bautizados en las aguas, llenos del Espíritu Santo en Pentecostés, por cuanto la promesa del Padre era y es para todos cuantos siguen a Jesucristo con sinceridad de corazón, y así constituyeron la iglesia de Cristo, del mismo modo que hoy y por todos los siglos, hasta el Gran Día de Dios, con la manifestación de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.

Esforzarse por cumplir los mandamientos sin haber nacido de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo, es vivir una religión fuera de la Gracia de Dios; nacer de nuevo, del agua y el Espíritu, para ver y poder entrar en el Reino de Dios, es el propósito de la Gracia Divina; entonces es cuando lo débil de la Santa Ley de Dios, debilidad que no radica en ella sino en nuestra vieja naturaleza carnal, bajo la Gracia de Dios deja de ser una carga pesada e imposible, convirtiéndose en las delicias de las obras buenas que nuestro Señor ha puesto delante de nosotros para que andemos en ellas. Para eso ÉL nos ha hecho “hechura suya”, conforme al corazón de Jesucristo, Señor nuestro:

Efesios 2:8-10: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Isaías 56:1-8: “Así dijo YHVH: Guardad derecho, y haced justicia, porque cercana está mi salvación (‘Yeshúa’, ‘Jesús’) para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo del hombre que lo abraza; que guarda el día de reposo (original: ‘mis Sábados’) para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal. Y el extranjero que sigue a YHVH no hable diciendo: Me apartará totalmente YHVH de su pueblo. Ni diga el eunuco: He aquí que yo soy árbol seco. Porque así dijo YHVH: A los eunucos que guarden mis días de reposo (original: ‘mis Sábados’), y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá. Y a los hijos de los extranjeros que sigan a YHVH para servirle, y que amen el nombre de YHVH para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo (original: ‘Shabat’) para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos, dice YHVH el Señor, el que reúne a los dispersos de Israel; aún juntaré sobre él a sus congregados.”

Es fácil observar aquí que la promesa de bendición para quienes guarden el Sábado no es sólo para los hebreos, sino para todos los hombres.

Isaías 58:13-14: “Si retrajeres del día de reposo (original: ‘Shabat’) tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de YHVH; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en YHVH; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de YHVH ha hablado.”

Isaías 66:22-23: “Porque como cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice YHVH, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo (original: ‘de Shabat en Shabat’), vendrán todos a adorar delante de mí, dijo YHVH.”

Amén.